

bien sabe el lector que aquella señora debía ser la mismísima dama encubierta que en la calle entregó al jóven la carta que contenia los 4.000 rs.

El hijo del sacristan sospechaba en efecto, como ya se ha indicado, que aquella era la dama del billete, pero no tenia completa certidumbre.

Y ahora querrá saber el lector la historia de la dama misteriosa, acerca de la cual habrá hecho ya todos los comentarios que haya querido, si es que me ha dispensado el singular favor de interesarse un poquito por los personajes de esta novela.

Pues la dama del billete, que era una gran señora, no tenia de señora más que la fachada y la riqueza, que eso sí, dama tan compuesta, emperejilada y fastuosa no habia otra en Madrid que se le pudiera comparar, y no se presentaban en el Prado caballos más arrogantes que los de su coche, ni habia en todo el orbe lacayos vestidos con más gusto y esplendor que los suyos, que se distinguian ademas por su belleza física, siendo el cochero un mozo, tan buen mozo y tan á la altura de su posicion, que más de una aristocrática jamona cotorróna le miraba con interes, y al verle pasar con las riendas en una mano y el látigo en la otra, sentado en el pescante, más serio que un rey en su trono en dia de besamanos, exclamaba alguna vieja marquesa ó cosa por el estilo:

—¡Qué lástima que sea cochero!

Alto, fornido, con un rostro perfecto, ojos negros y hermosos, patillas rizadas, sonrisa desdeñosa, cejas pobladas y frente noble y despejada, era aquel

hombre un modelo de hombres guapos, y tambien lo era de animales, porque pocos se le podian igualar.

No así el lacayito que le acompañaba en el pescante, niño de quince años, bonito como un amor gallego, que gallego era el angelito, y listo como una ardilla, é inteligente como un mono. Con su levitita blanca, hecha por el mejor sastre de París, su calzon ajustado, su bota de campana, su chaleco del mejor terciopelo, su corbata blanca, su sombrerito coqueton, y sus guantes de Dubost, el chico estaba tan lindo que daba ganas de comérselo.

Con lo que cada año costaba vestir al cocherazo y al lacayito hubieran tenido pan algunas familias.

Pero la condesa tenia gusto en llevar majos á sus servidores, y no le parecia dinero mal empleado el que gastaba en el adorno y esplendor de aquellos dos apéndices que ocupaban dignamente el pescante de su carretela.

No llamaba sólo la atencion la condesa por sus magníficos y distinguidos servidores, sino por otras mil circunstancias agravantes que la hacian diosa de la moda, reina de los salones, ídolo de los pollos, desesperacion de los gallos y envidia de todas las mujeres del gran mundo, que hubiesen dado de buena gana la fortuna de sus respectivos maridos por el gustazo de ver con viruelas á la condesa.

Tal es el entrañable afecto que suelen profesarse las damas de la elegante sociedad.

La condesa era una mujer que no hacia nada, y, sin embargo, estaba siempre ocupadísima; no tenia

tiempo ni siquiera para dar al cuerpo y al espíritu el necesario reposo.

—¿Y en qué podía ocuparse una señora que no hacia nada? preguntará el lector.

—Yo le diré á V.: todos los dias tenia que hacer unas treinta visitas, que consistian en cuatro cumplimientos y cuatro besos dados ó recibidos, segun costumbre entre las mujeres, aunque no se puedan ver ni pintadas. Unos dias tenia que presidir una corrida de toros, lidiados por grandes de España que daban sendos batacazos con la mayor finura y la más elegante distincion. Tambien era casi diaria obligacion para ella la de asistir á una ú otra iglesia, y pedir para esta ó la otra asociacion benéfica; como era tan bella y tan famosa en Madrid, allí donde pedia para los pobres, llovian las monedas de cinco duros; si hubiera sido fea y pobre, ni se la hubiese invitado para pedir, ni aunque hubiera pedido, habria visto caer en la bandeja más que ochavos morunos y alguna pieza de dos cuartos de metal de velones. Ademas de estas importantes ocupaciones, tenia la condesa que recibir en su casa á las personas que iban á visitarla, que eran infinitas, hacer los honores á los convidados á su mesa, vestirse seis veces por el dia y tres ó cuatro por la noche, destinada siempre al Teatro Real y bailes y banquetes, en cuyas fiestas brillaba sin rival la elegantísima señora.

—¡Qué vida! dirán las buenas esposas y buenas madres de familia, ocupadas siempre en su casa en el cuidado de sus maridos y de sus hijos.

Estas buenas mujeres no podrian resistir la fatiga, la monotonía, la pesadez, la mentira y la farsa de la vida del gran mundo, de la vida ociosa y estéril de las esposas que no se acuerdan para nada de sus maridos, y confían sus hijos á manos extrañas, para que no les quiten el tiempo que necesitan dedicar á los salones y á los galanteos.

Alguna de esas distinguidas señoras que viven esa vida de la farsa y el fingimiento, en los pocos momentos de soledad de que puede disponer, piensa, y acaso envidia á la mujer modesta y honrada que hace la vida del hogar y la familia; pero entregada ya al gran mundo, esclava de las exigencias de ese mundo embustero, no le es posible salir de él, no puede retirarse al santuario de su hogar, porque el gran mundo que tanto la ha festejado, murmuraria de ella y acaso la calumniaria...

¡Dichosa la mujer modesta que cumple su mision en el mundo, y, ni envidiosa ni envidiada, desconoce por completo las miserias, las ruindades, las malas pasiones que se agitan incesantemente en esa sociedad deslumbradora, donde la felicidad sólo existe en la apariencia, y donde suelen tener su guarida, oculta entre flores, encajes y riquezas, los vicios más escandalosos y las pasiones más desconsoladoras!

La condesa era por entónces el ídolo de esta sociedad.

Y, sin embargo, el que hubiera podido penetrar en su alcoba alguna mañana, cuando la condesa, cansada de reir y fingir, aturdida por los aduladores

y muerta de hastío y fatiga, volvía de alguna brillante fiesta, la hubiese visto llorar en silencio y despojarse de aquellas galas y aquellos deslumbradores diamantes, arrojándolos con enojo.

La condesa no era feliz.

—¡Hombre! dirá el lector, ¿qué me cuenta V.?

—Lo que V, lee, amigo; la condesa era una infeliz mujer, que para todo el mundo pasaba por la mujer más dichosa del orbe, y se consideraba, sin embargo, la más desgraciada.

—Pero, hombre, ¿por qué? vuelve á preguntar el discreto y curioso lector.

—¿Por qué?... Por lo que son desgraciados muchos seres de este mundo, porque habia obrado mal, y porque el remordimiento se habia apoderado de su conciencia.

Sin embargo, era ménos desgraciada que muchas mujeres y muchos hombres, porque á lo ménos tenia conciencia.

—¡Hombre! me ha convencido V., dirá el lector.

—Me alegro.

—Y diga V., esa señora que nos está V. pintando como quiere, ¿no tenia marido?

—Sí, señor; pero ¿quién hace caso del marido de una mujer del gran mundo?... Estos maridos son unos ceros á la izquierda de sus mujeres, y no sirven más que para una cosa, para pagar las cuentas.

—Sin embargo, teniendo en cuenta que el lector querrá saber quién era el marido de aquella dama, se hablará de él en tiempo y lugar oportunos.

XVI

La sala de presos.

Parece inútil explicar á mis lectores benévolos lo que es la sala de presos en el santo Hospital; pero como en una novela al uso del día es indispensable lo inútil para entretener al lector, y entretenerse tambien el autor miéntras no sabe cómo ha de continuar la accion del cuento, ni de qué manera ha de darle digno y feliz remate, diré á Vds. que la sala de presos en el Hospital, es una sala destinada á los presos, y nunca dijo Pero Grullo mayor verdad, que se ponen malos, bien que ellos siempre lo son, y á ella van tambien los que en riña ó desafío ú otra empresa ménos caballeresca reciben algun chirlo, cosa por demás frecuente en la capital de España, donde el comercio que se halla á más altura es el del vino, y el instrumento que toca el pueblo soberano es la navaja.

Con estos dos elementos de todo, ménos de civilizaci3n, nadie puede extrañar que la sala de presos sea una de las más concurridas del Hospital General; las cárceles y las tabernas le proporcionan diariamente nuevos huéspedes, y bien puede asegurarse que no se halla una cama vacante dos minutos, aunque salga con alta ó se muera el que la ocupa, porque al momento llegará á ocuparla un nuevo paciente.

Pero puede ser aprensivo el lector y debemos salir cuanto ántes del Hospital, no sea que se nos arrime una fiebre tifoidea ú otra enfermedad que maldita la gana tenemos de conocer el lector y yo. Antes de salir referiré á Vds. cómo fué llevado á aquel lugar el héroe de mi novela.

Cuando entró, llevado en la camilla, recobró el conocimiento y abrió los ojos para ver á un hombrecillo que, con carita risueña, anteojos verdes y un cigarrillo entre los dientes, habia levantado el hule de la camilla, y le miraba atentamente.

—No está muerto, dijo sonriendo.

—No, señor, dijo el jóven, agradeciendo de paso la cortesía del profesor de guardia que le reconocia, y que lo mismo que le dió por vivo le hubiera podido dar por muerto.

—¿Cómo te llamas? preguntó al jóven una especie de gigante que con una resma de papel en una mano y un tintero de cuerno en la otra, se habia acercado á la camilla.

El jóven dijo el nombre que le dió gana.

—¿Hijo de quiénes?...

El muchacho se puso los padres que se le ocurrieron.

—¿Qué documento de seguridad tienes?

—Ninguno.

—¿No tienes cédula de vecindad?

—Ni de comulgar tampoco.

—Mira lo que dices, si no quieres agravar tu causa.

Durante este interrogatorio, el médico examinaba la herida y decía:

—La herida es bastante profunda, pero leve; si la punta del puñal hubiese penetrado una línea más, era hombre muerto.

El jóven, al oír esto, no pudo ménos de dedicar un recuerdo á aquel prudentísimo puñal que tan afortunadamente se habia detenido.

—¿De dónde eres? preguntó el escribano siguiendo el interrogatorio.

El muchacho dijo un pueblo que no era el suyo.

—¿Qué haces en Madrid?

—Nada.

—Es lo mismo que hacen muchos.

—¿Cómo te han herido?

—Con un puñal.

—¿Quién?

—Uno.

—¿Dónde?

—No sé.

—¿Cómo te encontrabas en aquella casa!

—Porque me habia llevado agarrado del brazo un ladrón.

—¡Hola! ¿con ladrones te andas?

—¿Y cómo se llama ese ladrón?

—No sé si el Zorro, ó el Lobo ó el Tuerto...

—¡Buenos amigos tienes!

—No son amigos míos.

El médico, al llegar aquí, creyó prudente indicar á la gente de la curia que no convenia en aquel momento seguir el interrogatorio, que más tarde podria continuar sin peligro ni incomodidad del herido.

Y á tiempo hizo el médico tan atinada observacion, porque en el mismo instante el hijo del sacristan se desmayó como una dama.

El juez de guardia que entendia en el suceso, en vista de las contestaciones que habia dado el herido á las preguntas que se le habian hecho, y considerando el sitio sospechoso en donde se le habia encontrado, dispuso que fuese asistido en la sala de presos, quedando así á disposicion del juzgado y del médico, es decir, en el mayor peligro que se pudiera imaginar.

Lleváronle á la sala de presos, con acompañamiento del escribano y dos alguaciles, que no parecia sino que le llevaban á la horca, y al entrar se detuvo la comitiva y todos se descubrieron.

Algunos enfermos se hallaban de rodillas sobre las camas; los que no podian levantarse levantaban la cabeza; las hermanas de la Caridad estaban arrodilladas alrededor de una cama, y todos rezaban devotamente una salve.

Ya ha comprendido el lector que en aquel solem-

ne momento se estaba disponiendo á morir un enfermo, un criminal, puesto que aquella era la sala de presos, y á este acto imponente asistian profundamente impresionados todos los demas enfermos, criminales tambien la mayoría, hombres todos avezados al peligro y al mal, y que temblaban, sin embargo, allí, al ver á un moribundo en brazos de la religion, haciendo confesion de sus culpās y pidiendo ardentemente al ministro del Señor, que le consolaba, perdon de sus muchísimos pecados.

Terminada la imponente ceremoniā, avanzaron los mozos que llevaban la camilla, y se detuvieron delante de la cama inmediata á la del preso que acababa de recibir el santo Viático.

En un momento desnudaron al hijo del sacristan, y al desnudarle cayó de su ropa un papel al suelo; pero no bien cayó, desapareció bajo un pié, que en aquella confusion de piés que allí habia de tantas personas como rodeaban la camilla, no puedo decir á punto fijo á quién pertenecia.

Y cuando ya estaba instalado el herido en el lecho del dolor y se iban á retirar todos los acompañantes, se vió bajar una mano hasta el pié, y retirarse éste, y avanzar aquella, y coger el papelito que se habia caido de la ropa ya mencionada.

Y ya no se volvió á ver el papel, que supongo seria llevado á algun bolsillo, porque para tirarlo no lo recogeria del suelo aquella mano discreta, puesto que el papel era ni más ni ménos que el billete de cuatro mil reales de que ya tienen noticia los lectores.

El herido se repuso de su desmayo, y volvió á abrir los ojos, y lo primero que oyó fué el estertor de la agonía del moribundo que se hallaba en la cama inmediata y las oraciones del sacerdote, que habia quedado acompañándole, y que con verdadero fervor encomendaba á Dios aquella alma, próxima á comparecer ante el tribunal de la divina é infalible Justicia.

—Muere en paz, decia el sacerdote al criminal, muere en paz y en la gracia del Señor. Arrepentido como estás de tus horrendos crímenes en el mundo, el que todo lo puede te abre los brazos y te recibe en su seno. Hijo suyo eres, como somos todos, y Él ama por igual á todos sus hijos, y á todos los tiene reservada en el cielo la gloria eterna. Bendito seas, hijo mio, en nombre de Dios.

Y el venerable sacerdote inclinó humilde y amoroso la cabeza, é imprimió un ósculo en la frente del moribundo, y recogió su alma purificada.

El hijo del sacristan no se dió cuenta de lo que allí pasaba hasta que vió, media hora despues, llegar dos mozos, que se llevaron el cadáver del criminal arrepentido.

No bien hubieron llevado el cadáver los sepultureros, cuando cesó el silencio que reinaba en la sala.

Los presos enfermos que no estaban de peligro empezaron á hablar y á cantar, y aquella mansion de tristeza se convirtió en lugar de alegría y regocijo.

—Ese ya no tiene miedo al *buchí*, dijo uno con aguardentosa voz, refiriéndose al muerto.

- ¿A qué hora pasa hoy el *méico* la visita?
- Ya tarda, á ver si me levanta la dieta. Ya se lo dije ayer, y se empeña en que no estoy para comer, cuando me comeria ahora mismo una libra de lomo.
- A tí ya te darán el alta pronto.
- Lo que es prisa no tengo.
- Lo creo, á catorce años de *correccion* te ha echado la Sala.
- Ya ves si en catorce años te importa estar unos dias más en la cama.
- Ya vendrá el tío Paco con la rebaja.
- ¿Has apelado?
- ¡Toma! mi defensor apelará hasta á Poncio Pilatos.
- Es un mozo muy listo; á mí me va á sacar libre.
- ¡Toma! pues si el dia de la vista en la Sala primera hizo llorar á todo el *público*, hablando de mis buenos sentimientos.
- ¿Qué tal?... ¿Será embustero el *gachó*?...
- Dijo que yo era un buen hijo, un buen esposo, un buen padre de familia, y que si estaba en la cárcel era por envidias y malas voluntades, en fin, que yo no sé cómo al salir de allí no me dieron una pension las Córtes.
- ¡Já! ¡já!
- Si no hubiera sido por el fiscal... ¡qué pez!... Un calvo de más mala intencion no lo he visto en mi vida.
- ¿Qué dijo?
- ¡Toma! á lo de buen hijo no dijo más sino que mi padre me habia hecho sentar plaza por no poder hacer carrera de mí, y porque un dia le *afané* cin-

cuenta duros que tenia ahorrados para comprar una mula... ¡Mentira!... ¡Mentiras todas!

—Por supuesto.

—¿Y á lo de buen esposo?

—Dijo que mi mujer tenia el cuerpo lleno de cardenales, segun declaracion de los *méicos*...

—¡Qué embusteros!

—Ya le dije yo luego al fiscal aparte, que si él tuviera una mujer como la mia, no sé si le habria puesto el cuerpo como yo se lo puse á aquella *arrastrá* que ha sido mi perdicion.

—¿Y de lo de padre de familia?

—¡Toma! no sabiendo por dónde tomarla, dijo que yo tenia fama de borracho... ¡ya ves! ¡borracho porque bebo un cuartillo ó dos cuando á mano viene!... que era un jugador... Como jugaba y perdía siempre, me lo echaban en cara, que si hubiese ganado ya hubiera sido otra cosa...

—Jugar no es malo, lo malo es perder.

—Es claro, en eso sucede lo que en todo en el mundo.

—¡Bueno está el mundo!

—Anda, que tras un tiempo viene otro.

—Ahora andan, segun me ha dicho mi *precuraor*, viendo cómo arman un *prenunciamento*, y yo tengo esperanzas de que no he de ir á Ceuta otra vez... Ya he estado allí tres veces y no me prueba.

—Si ganan los *prenunciados* habrá *indurto*.

—Es claro.

—Un poco que nos rebajen ahora y otro poco que

nos rebajarán por mor del *prelucio* que vendrá despues.

—La política siempre nos hace favor.

—¿Quién es aquel lila que han traído ahora? dijo uno señalando á la cama del hijo del sacristan.

—Oye tú, el del 50 (el número que habia pintado en la pared), ¿qué alifafe traes?...

—Es un herido.

—¡Hola! por alguna *arrastrá*...

—Por ellas son siempre todas las cosas, dijo sentenciosamente un viejo que tenia la cabeza llena de trapos, como que al hombre se la habian abierto en cuatro pedazos, como si fuera una granada.

—¿Vienes del Saladero?... preguntó otro al héroe de mi cuento.

—¿Qué es eso? dijo éste.

—¡Hombre! ¿no lo sabes?...

—Pues no pases pena, que cuando salgas de aquí ya irás allí.

—Se conoce que es un novato.

—No te pesará ir allí, ¡el que no ha estado alguna vez á la sombra no es hombre! volvió á decir con acento severo el viejo de los trapos.

—Si seré yo hombre, observó uno, que desde los catorce años, y tengo ahora cuarenta, he estado ya tres veces en la cárcel, y otras tres en Africa, divirtiéndome.

—Buena hoja de servicios es la tuya.

—Y á mucha honra, porque nunca ha sido por robar ni otras frioleras de esas que le dan á uno ver-

güenza, sino por no aguantar ancas, y por pegar ántes que me peguen.

—Pues esta vez tienes para diez años.

—¡Quiá! tengo buenos padrinos.

—Pegar un navajazo á un *ispetor* es cosa muy seria.

—Otros las han hecho mayores... ¡Toma! y en cayendo este gobierno, no te diré yo que no me darán un empleo.

—Todo puede ser.

—Se dice que fué por política, y en paz.

—¡La visita! dijo un practicante desde la puerta de la sala, y todos callaron.

XVII

Una declaracion en causa criminal.

El jóven iba mucho mejor de su herida; en los primeros dias se agravó, y estuvo sin hablar, amodorrado, postrado largas horas, consolándole las siguientes observaciones que solian hacer los demas enfermos:

—Lo que es ese las lia.

—No llega á mañana.

—Mañana ya le harán la *amatonia* en la sala de *disecacion*.

—El pobre ha caído á la primera.

—Así se libra de pasar trabajos y de ver lo que son los hombres.

—Y las mujeres.

—Muriéndose ahora, se ahorra gastar mucho dinero en la curia.

—Y se va derecho al... infierno.

—¡Y es lástima, porque hubiera llegado á ser un mozo de mistó!

—Y muy *destruido* que es.

—¡Vaya! ayer nos tuvo con la boca abierta, oyéndole contar sus aventuras.

—¡Pobrecillo! dejarle que haga *dexámen* de conciencia.

—Si la tiene.

—Eso no le falta á nadie.

—Yo no la conozco.

—¿Qué es conciencia?

—Yo te diré: cuando uno puede hacer un negocio y no le hace por *descrúpulos* ó cosa por el estilo, le queda á uno un escozor... Pues eso es la *conciencia*, que dice: ¡Anda, brutal! ¿por qué has sido un animal?... Y cuando uno hace algo malo, también se lo dice la *conciencia*... A mí, pongo por caso, todos los días me dice que por qué me casé con la mujer que tengo; es decir, yo no la tengo ya, á Dios gracias, que ella está en el Modelo, y que no me la saquen en muchos años es lo que quiero, para su tranquilidad y la mía.

La poderosa naturaleza del hijo del sacristan, y la práctica del doctor encargado de su asistencia, pusieron al fin fuera de cuidado al herido.

Una mañana vió llegar hasta su lecho á un caballero alto, flaco, con anteojos, nariz afilada, boca lo mismo que una puerta cochera, manos largas, piés enormes, acompañado de un jovencito muy encogido, que traia debajo del brazo un voluminoso legajo, y colgado del único boton que tenia en la grasienta levita un tintero de cuerno, con perdon sea dicho.

El escribano y su aprendiz se acercaron al jóven, y el primero le dijo que se incorporara y sentase en la cama, si se lo permitia el estado de su herida.

Hízolo así el jóven, y el escribano hizo una señal á su acólito.

Este desenvainó el legajo, y pasó más de mil hojas, y al fin se detuvo ante una en blanco, y luego abrió el tintero de cuerno, dejando colgada del boton la caperuza del mismo y colocando entre los dedos de la mano izquierda el depósito de la tinta curial.

—Diga V. su nombre, dijo el escribano al herido.

Este, en su sistema de decir distinto nombre cada vez que se lo preguntaban, contestó:

—Me llamo Juan Portal.

—Que lo mismo le da quedar bien que mal, dijo el escribano. ¿Natural de dónde? añadió.

—De Aragon.

—¿De qué pueblo?

—No me acuerdo cómo se llamaba. Era un pueblo donde habia una iglesia.

—Las señas son mortales.

—Y una plaza cuadrada.

—Y un burro, ¿no habia tambien?

—Burros habia muchos.

—Ahora habrá alguno ménos, añadió maliciosamente el escribano. ¿Tienes padres?

—No, señor.

—¿Cómo se llamaban?

—Mi madre María, mi padre como yo.

—¿Y qué más familia tienes?

—Ninguna.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en Madrid?

—Ocho dias.

—¿Cómo viniste?

—Andando.

—¿A qué venias?

—A hacer suerte.

—No es mala carrera.

—¿Y cómo te encuentras aquí?

—Bastante bien.

—No es eso: pregunto que por qué azar fuiste herido, dónde, cómo y por quién.

—No sé en qué calle ha sido.

—En la del Tribulete.

—¡Ah! sí, en una casa desconocida.

—¿Cómo estabas solo en aquella casa?

—No estaba solo.

—¿Cómo que no?... Cuando entraron los guardias sólo encontraron á un jóven herido y tendido, que eras tú.

- Allí habia seis ú ocho hombres.
- ¿Por dónde se fueron?
- No sé.
- ¿A qué habias ido á aquella casa?
- No fui; me llevaron.
- ¿Quién?
- Uno que se hizo amigo mio por la mañana.
- ¿Y qué pasó?
- Aquellos hombres que habia en aquella casa me preguntaron varias cosas, y al sonar golpes en la puerta, uno de ellos, no sé cuál, me hirió. Y no sé más.
- ¿Y no presumes quiénes fueran?
- Eran ladrones.
- ¡Buenos amigos tienes! ¿Y por qué te hirieron?
- Porque por la mañana impedí que fueran á hacer un robo.
- ¿A dónde?
- A una casa de la calle de Atocha.
- ¿Y cómo supiste lo del robo?
- Lo oí contar la noche ántes en una casa para dormir, donde me albergué.
- ¿En qué calle?
- No lo sé, no conozco las calles.
- ¿Con quién hablaste en la calle de Atocha?
- Fuí á avisar á la casa donde debia hacerse el robo... Hablé con una gran señora, muy hermosa.
- ¡Te gustó! ¿eh?...
- ¡Oh! sí, señor, me parece que la estoy viendo.
- ¿Y qué te dió de gratificacion?
- Nada.

—¡Hombre! exclamó el escribano con asombro.

—Yo no quise tomar nada. Yo tenia dinero... ¡Ah! y ahora me acuerdo, ¿dónde está mi ropa?

Y el herido miró en derredor, buscándola.

—¿Para qué quieres la ropa?

—Porque tengo...

—¿Qué tienes?...

—¡Mi ropa! ¡me han quitado la ropa!

—¡Hombre! para estar en la cama no se necesita ropa.

—Yo sí la necesito.

—¿Por qué?

—Porque tengo... Diga V. que me den mi ropa...

—¡Hombre! ya te la darán cuando salgas.

—¿Es V. el juez?

—No pico tan alto, pero si tienes algo que decir...

—Sí, señor; en la ropa tengo cuatro mil reales en papel.

—¿De veras?

—Sí, señor.

—Lo siento; ¿de dónde te vino ese dinero?...

—Me lo dió una señora el dia que llegué á Madrid.

—¿Sí? ¿eh?...

—Sí, señor.

—Esa no cuela.

—¿Cómo que no cuela?...

—¿Qué señora era esa?

—No la ví.

—¡Hombre! ¿y te dió sin que la vieses cuatro mil reales por tu linda cara?...

—Sí, señor.

—Esta declaracion empeora tu causa.

—¿Qué causa?

—La tuya; estás sujeto á una causa criminal.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Una friolera. En primer lugar, has sido hallado en una casa donde habitaban únicamente ladrones de profesion.

—Yo no tengo la culpa.

—No has explicado satisfactoriamente tu presencia en aquella casa.

—Fuí llevado por un hombre que decia que deseaba ser mi amigo.

—Tampoco has dado señales de tu pueblo, ni de tu familia.

—No tengo señal ninguna que dar.

—Tampoco tienes cédula de vecindad, ni documento alguno por el que se pueda identificar tu persona.

—¿Y para qué necesito yo eso? Yo sé quién soy.

—Pues mira, en el mundo es preciso que ademas de que cada uno sepa quién es, lo sepan tambien los demas.

—El mundo me importa á mí poco.

—Pues, hijo, mientras no se estile vivir en otra parte que en el mundo...

—Bien, pero ¿de qué se me acusa?

—En primer lugar, de vago.

—Yo no soy vago.

—Sin domicilio fijo, é indocumentado.

—¿Y qué más?

—De ladron.

—¡Yo ladron!

—Digo, me parece que más lo pareces tú que yo.

—¿Y qué pruebas hay?

—Tú mismo las das, diciendo que en la ropa tienes cuatro mil reales. ¿Cómo puedes tú tener cuatro mil reales?

—Me los dieron.

—¡Mentira! ¿Crees tú que Madrid es Jauja? Tú le has limpiado á alguien ese dinero, si es que en efecto lo tenias en la ropa.

—No es verdad.

—Ve tú á convencer á los jueces que te juzgarán.

—Pero, señor, si yo no he hecho nada.

—Bueno, bueno, tú mismo te pierdes con esa declaracion.

—A ver, á ver, señor amanuense, escriba V. en debida forma la declaracion del señor.

—Pero...

—¡Oh! no, no, no tengas cuidado, ya se hará por tí lo que se pueda. Si habias de ir al palo, se hará que vayas á presidio sólo por toda tu vida. Ya no tienes que preocuparte del porvenir.

—Yo me confundo.

—Pues la cosa es clara. Yo lo siento; si no hubieses declarado que eras dueño, es decir, dueño hasta cierto punto, de cuatro mil reales, aún hubiera podido arreglarse todo, pero esa declaracion te pierde.

—Pero si los tenia en la ropa.

—Bueno, bueno, yo siento que desde aquí, en cuan-

to estés más aliviado, tengas que ir á pasar la convalecencia en la cárcel... El que entra en la cárcel, sabe Dios cuándo sale... Tu causa se va complicando de una manera muy grave.

—No lo entiendo.

—Ya lo entenderás.

—Yo recibí los cuatro mil reales y no los he robado.

—Te lo concedo; pero como se ha de aclarar á quién pertenecen, por qué te los dieron, y todos los demas detalles y circunstancias que prueben tu inocencia clara como la luz del dia, será más que probable que en muchos años no se encuentren todas las pruebas que un tribunal recto y justo necesita para declararte limpio de la más leve sospecha. Siento decírtelo, pero por mi cuenta estás perdido para toda tu vida, y áun para despues de la muerte, porque siempre quedará infamada tu memoria, cosa que debieras evitar, siquiera por los hijos que puedas tener andando el tiempo.

—Eso es atroz.

—Sólo habria un medio de salvarte, añadió en voz baja el escribano.

—¿Cuál?

—Retírese V., jóven, dijo el escribano al aprendiz que le acompañaba.

—Mira, añadió, hablando en voz baja al herido, si declaras que tenias cuatro mil reales, te pierdes; si declaras que no tenias un ochavo partido por medio, todo se puede arreglar.

—¿Y si luego parecen en la ropa los cuatro mil reales?

—Si parecen, mejor para tí, pero por si acaso, cuenta con que no parecerán.

—Entonces me los habrán quitado.

—O se habrán perdido, que es diferente.

—Yo quiero decir la verdad, quiero mis cuatro mil reales para devolverlos, si llego por casualidad á encontrar á la persona que me los dió.

—Bueno, á tu gusto, constará como quieres en la declaracion, sólo que como la persona que te los dió no vaya á presidio, no será fácil que la puedas encontrar.

—Que me devuelvan el dinero.

—Eso es lo malo; que lo mismo si declaras que lo tenias como si declaras que no tenias nada, el dinero no parecerá.

—¿No?

—No; cuando yo te lo digo.

—¡Me volveré loco!

—¿Qué decides?

—Haga V. lo que quiera.

Y el escribano, llamando al amanuense, le dictó una declaracion á su gusto, y luego se la hizo firmar al hijo del sacristan.

El escribano, al salir del hospital, llevaba la misma cara que cuando entró; pero más alegre y animada.

¿Si seria del escribano aquel pié que fué á colocarse sobre el billete de cuatro mil reales cuando desnudaron al herido?

XVIII

La madre y el hijo.

Lector, baje V. la cabeza, porque por bajo de estatura que V. sea, siempre ha de ser más alto que la puerta por donde vamos á pasar, si gusta V. seguir acompañándome en el intrincado laberinto de esta novela.

Siento que se le haya á V. rozado el sombrero en la escalera; pero sin duda el arquitecto director de la construcción de la casa donde hemos entrado no usaba sombrero nunca, ó le tenía en poco aprecio, porque, á ser de otro modo, hubiese dispuesto la escalera en una forma ménos ocasionada á peligros de todo género; tales eran las vueltas y revueltas, vigas salientes, agujeros y escondites de aquella endemoniada escalera, á cuyo final, en la parte superior se veía, es decir, no se veía, porque la escalera era oscura como boca de lobo, una puerta que daba paso á una

habitacion , aunque parezca mentira que aquel camaranchon pudiese ser habitado ni habitable.

Enfrente de la puerta de entrada tenia aquella habitacion una ventana con una cruz de hierro y sin cristales, por la cual entraba un airecillo capaz de matar al más vivo, pero como por allí únicamente entraba la luz, era indispensable tenerla abierta. La ventana tenia soberbias vistas; se veia Madrid á vista de pájaro, y se podia desde allí sorprender los secretos amorosos de los gatos de todas las casas inmediatas, únicos seres vivientes que por aquellas alturas transitaban.

En aquella habitacion habia un lecho, y en el lecho un hombre jóven, de facciones delicadas, en cuyo rostro se veia impresa la terrible huella de una terrible enfermedad, que es el mayor azote de la sociedad moderna, y que lo mismo, con notoria injusticia, castiga á los que se entregan sin freno á desaforadas pasiones, que á los que sufren trabajos, y privaciones, y miseria con humildad y resignacion, y castiga, no á un individuo solo en una familia, sino á veces á la familia entera.

¡Terrible enfermedad es esa que agosta las más brillantes imaginaciones, que corta y abate sin piedad las más bellas flores de la hermosura!

¡La tisis!

¡Nada puede la ciencia contra esta tremenda enfermedad, cuyos estragos aumentan á medida que crecen el desarreglo de la vida y la inmoralidad de las costumbres!

Y aún ha habido época en que la tisis era una enfermedad poética, de moda, de buen gusto, vamos al decir. ¡Horrible sarcasmo! la tisis es la más horrible de las enfermedades, y no sabemos cómo ha podido considerarse poética y *elegante* una enfermedad que en tantas ocasiones ha arrebatado, uno tras otro, todos sus hijos á desdichados padres; una enfermedad que ofrece á una familia el espectáculo tristísimo y desgarrador de ver á uno de sus seres más queridos morir cuando más ama la vida, cuando más dichoso se finge el porvenir...

El desgraciado que yacia en el lecho de la buhardilla habia sufrido mucho, habia trabajado mucho, habia devorado muchas amarguras y muchos desengaños, y se moria porque ya no podia sufrir más, porque ya no quedaba fuerza vital alguna ni en su cuerpo ni en su alma.

En su alma sí; en su alma había esperanza en Dios, supremo consuelo de los desgraciados.

A su lado, sentada en un cofre viejísimo, que sillas no había ya en la estancia, hallábase una mujer anciana, que tenia la vista fija en una estampa pegada en la pared, á los piés del lecho, y que representaba á la madre de Dios.

La anciana no veia á la madre de Dios, aunque tan atentamente la miraba; porque no podia verla más que con los ojos del alma.

Otra enfermedad horrible habia apagado el brillo de aquellos ojos y dejado para siempre inmóviles sus pupilas: la gota serena.

—¡Madre! decía el enfermo.

—¡Hijo! contestaba la madre, que madre del enfermo era aquella infeliz mujer, condenada á no ver á su hijo querido en aquel supremo trance.

—¡Qué inquietud tengo! ¡qué desazon tan grande!

—¡Dios mio! ¡cuánto tarda el médico! Hijo mio, á los pobres se nos deja siempre para lo último.

—No agravie V. á D. Serafin, él vendrá... Si no ha venido será porque no lo crea preciso.

—No te desabrigues, añadió la anciana, tentando la manta, y subiéndola y estirándola.

—¡Pobre madre mia! ¿Cómo podré pagar á V. tanto cuidado, tanto amor?

—Hijo mio, las madres no tenemos amor á los hijos para que nos lo paguen; les tenemos amor porque son nuestra misma vida, nuestro mismo sér... ¡Hijo de mi alma!

Y abrazaba al enfermo, y le besaba en los ojos, en la boca, en las mejillas.

—Estás ardiendo, hijo mio.

—No, no crea V...

—Tienes una fiebre horrible... ¡Dios mio! tú y el médico me estais engañando... ¡Y no poder verte! ¡Dios mio! ¡Dios mio! déjame ver á mi hijo y morir luego.

—¡Madre de mi alma!

—Tú estás muy malo, hijo mio; sí, estás muy malo.

—No, ya estoy mejor... y pronto estaré bueno del todo.

—No, hijo, no, me estás engañando... Tu frente arde... estás empapado en sudor frío... ¡Socorro! ¡socorro! Y la pobre madre se dirigió á tientas á la puerta.

—¡Madre! que va V. á caerse... No me abandone usted ahora, no llame V. á nadie, estoy mucho mejor.

Y la pobre mujer volvió al lecho de su hijo.

—Séntese V. aquí, á mi lado, y esperemos tranquilamente la venida del médico.

—Hijo mio, tengo miedo. Como no veo, me habeis podido ocultar la enfermedad horrible que te devora... Pero no creas que no te veo... mi corazon de madre te vé pálido, flaco, desencajado, postrado, sin fuerzas... ¡Ay, hijo mio, qué desgraciados somos tú y yo!

—Sí, madre mia, muy desgraciados.

—Dios lo ha dispuesto.

—Y yo soy mucho más desgraciado que V., porque soy causa de la desgracia que pesa sobre V.

—No digas eso, hijo mio.

—Sí, señora, yo que he sido cobarde, que no he tenido valor para dominar esta rebelde voluntad mia, que no he sabido ahogar en mi corazon ese maldito amor.

—No maldigas, hijo mio, el amor que tuviste.

—¡Ay! madre, el amor que tengo.

—¡Hijo mio!

—Sólo á V. debí amar, madre mia, sólo V. era digna de mi amor... y cuando pienso que lo olvidé

todo, el amor de V., mi deber, por aquella infame...

—Hijo, mio, no pienses en eso... Piensa en ponerte bueno... tranquilízate.

—¡Ponerme bueno! ¡tranquilizarme! ¡Oh! no, ¡eso es imposible!... Morir, morir, es lo que deseo.

—Hijo de mi alma; ¿qué es lo que dices?... ¡Morir tú! ¿no sabes que tu muerte seria mi muerte?

Y la buena madre abrazaba y besaba delirante á su hijo.

—¡Oh! no, perdóneme V., madre mia, no debo decir ese sacrilegio, no debo hacer tan torpe injuria á mi madre. Por V., por V., quiero vivir y olvidar á esa maldita mujer.

—¡No te se olvida esa mujer!

—¿Cómo la he de olvidar, madre mia? Dígame V. cómo puedo olvidar á la que he amado desde la infancia; á la que era toda mi esperanza, á la que me daba aliento para trabajar y sufrir, á la que era dueña de mi corazon y de mi alma entera, á la que teniendo todo mi amor, siendo mi fe, mi consuelo, mi vida, ha pisoteado mi corazon, ha quebrantado mi fe y me ha hecho aborrecible la vida.

—¡Otra vez esa idea!

—No la puedo desechar de mí, madre mia.

—Aún amas á esa ingrata.

—¡Oh! amarla, no... No la amo, pero... quisiera poder arrancarme el corazon y arrojárselo á la cara... quisiera verla ántes de morir.

—¡Dios mio!

En aquel momento entró en la buhardilla un hom-

bre grave, vestido de negro, de fisonomía severa y simpática.

—Buenos días, dijo.

—¡Ah! D. Serafin, exclamó la vieja, que hubiera conocido en medio del mayor tumulto la adorable voz del médico, en quien confiaba que salvaria á su hijo.

Bendito sea V., añadió, que se acuerda de la pobre vieja y del infeliz enfermo, que no le pueden pagar, pero que ruegan por V. á Dios á toda hora.

—Nada tiene V. que agradecerme, señora, dijo el médico; en mi profesion es un deber imprescindible atender con igual cuidado y el mismo amor al rico que al pobre. ¿Cómo está el enfermo? añadió acercándose al lecho del jóven.

—Mejor, contestó éste.

—Peor, mucho peor, repuso la madre al mismo tiempo.

—Veamos.

—Déjele V. sentar sobre el cofre, madre, dijo el jóven á la vieja, sin duda para alejarla un poco.

—Sólo al médico, observó ésta, puedo yo ceder este lugar.

Y se levantó para dejar sitio al médico.

Este examinó al enfermo, y con una mirada hizo comprender al simpático jóven la gravedad de su estado.

—¿Qué tal le encuentra V.? preguntó con ansiedad la madre.

—Bien, no está mal, y pronto...

Si la ciega hubiera podido ver en aquel momento

la fisonomía del médico, hubiese comprendido que su hijo se moría sin remedio.

—¡Ay! ¡cuánto bien me hace V., D. Serafin!

El médico hizo comprender por señas al enfermo la gravedad de su estado.

—¿No le receta V. nada, D. Serafin?

—Sí, señora, no tenga V. cuidado. Ahora cuando yo baje subirán de la botica inmediatamente una bebida que ha de hacerle bien.

—¡Ay, D. Serafin! ¡cuánto le debemos á V.!

—A mí nada: el boticario de abajo es hombre benéfico y compasivo, y tiene mucho gusto en poder hacer á Vds. este favor.

—Dios se lo pague á él y á V.

—Tambien necesitan Vds. aquí una persona que cuide al enfermo.

—¿Quién ha de querer venir aquí? exclamó la vieja; aquí no tenemos ni cama que ofrecer á la persona que venga á hacernos esa caridad, ni siquiera silla en que se siente...

—No importa eso; ya se proveerá á esa necesidad, añadió el médico.

—¡Qué bueno es V.!

Y el médico estrechó la mano del jóven, y éste clavó en él sus ojos con ansiedad, como preguntándole.

—¿Hay esperanza?

D. Serafin comprendió la pregunta, y contestó con una mirada á la estampa de la Virgen, como diciendo al enfermo que sólo en el cielo debía pensar ya.

Quando el médico salió de aquella pobre mansion, lloraba como un niño, lloraba como un hombre de bien.

—Ya habrás quedado mas tranquilo, hijo mio, dijo la ciega tomando amorosamente en sus manos la cabeza del jóven, y besándole.

—Sí, señora, muy tranquilo. Descanse V., aquí á mi lado, una hora siquiera. Hace dos dias que no duerme V. Ponga V. la cabeza aquí en mi almohada, junto á mí, más cerca, más cerca de mí, madre de mi alma.

La anciana obedeció, reclinó la cabeza en la almohada, y enlazando sus manos con las del jóven, durmió la infeliz, rendida por el cansancio.

—¡Pobre madre mia! pensaba el jóven, Dios sabe si al despertar te encontrarás abrazada al cadáver de tu hijo. ¡Oh! si ella nos viera, si aquella ingrata pudiera presenciar esta terrible agonía, aún puede que se arrepintiera... Pero, no, más vale que no la vuelva á ver, más vale que ignore mi suerte, más vale que no despierte de ese sueño de lujo y de vanidad en que se halla...

El jóven se quedó tambien dormido poco despues.

El médico volvió, y no volvió solo. Seguíanle dos mozos que traian una cama, unas sillas y una mesa, sobre la cual pusieron algunos platos, vasos y un frasco de medicina.

Tambien les acompañaba una mujer cubierta con un espeso manto negro.

Y para que el lector no se figure algun ótro mis-

terio nuevo en esta misteriosa novela, le diré que aquella mujer era solamente una hermana de la Caridad que nunca habia visto al jóven; pero que, conocida por el médico, y solicitada por éste para que fuera á encargarse de un enfermo, no habia vacilado en seguirle.

Para arreglar las cosas, hacer la cama que los mozos habian dejado en el suelo, y poner en orden los cacharros, dejó el manto sobre una silla y descubrió el más peregrino rostro que se vió jamás, adornado con las blanquísimas tocas del traje de hermana de la Caridad.

—Sor Dorotea, dijo el médico á la hermana, ¿ha visto V. nunca mayor desgracia que esta?

—¡Oh! nunca se ve en el mundo la mayor desgracia. Muchas veces he visto la miseria de cerca, muchas veces he dicho:—Es imposible ver mayor desdicha,—y pronto me he convencido de que sí la puede haber.

—La situacion de esta familia es horrible.

—¡Ay! doctor, no me parece á mí tan horrible si la comparo con la del padre y la madre de la infeliz mujer que fué ajusticiada ayer, y á quien yo acompañé hasta su salida para el cadalso.

—¡Ah! ¡es verdad!

—Crea V., D. Serafin, que en el mundo no se ha encontrado todavía el límite de la desgracia.

—Tiene V. razon.

—¿Dice V. que la madre del enfermo es ciega?

—Sí, señora; la infeliz, añadió en voz baja, no se figura que su hijo se halla en tan grave peligro.

—¡Pobre madre!

—Nada tengo que encargár á V.; que nada les falte deseo; no soy rico, no he podido todavía tener coche, ni poner precio á mis visitas, ni lograr la notoriedad de los médicos que tienen amigos en la prensa y en los gobiernos, pero para hacer esta obra de caridad, no ha de faltarme voluntad.

—Dios se lo pagará á V.

—Y á V., Sor Dorotea.

Dadas por el médico todas las instrucciones acerca del enfermo á Sor Dorotea, se despidió de ella y dejó por dueña de aquel campo de dolor y muerte á la bellísima hermana de la Caridad, que sentándose á los piés de la cama, esperó que aquellos dos infelices despertasen y volvieran á empezar á sufrir, para atenderlos y consolarlos.

La madre fué la que primero despertó.

La hermana de la Caridad no pudo contener las lágrimas al ver á la venerable anciana, en cuyo rostro se veía claramente la profunda huella del sufrimiento y la amargura, y cuyos ojos claros, fijos, inmóviles, parecia como que no se atrevían á hacer movimiento alguno, en la esperanza de poder romper las sombras que los cubrían.

Dirigióse la anciana al sitio donde tenia las escasas medicinas para el enfermo, y la hermana de la Caridad se levantó y la cogió de la mano.

—¡Ah! exclamó la ciega, pero sin asustarse.

La pobre mujer no temia á nadie más que á su fortuna.

—No tema V., señora, soy yo, una hermana que ama á V.

—¡Oh! ¡qué dulce voz!

—Usted está muy cansada, señora; su hijo necesita cuidados, y V. sola no puede dárselos. Yo he venido á ayudarla en su buena obra.

—Gracias, hija mia... ¿es V. de la vecindad?

—Soy hermana de la Caridad.

—¡Bendita sea V.! bendita sea la Caridad, que al fin la vemos mi hijo y yo entrar en nuestro hogar. Parecía que estábamos olvidados por todo el mundo.

—La Caridad no olvida á nadie.

—¿Quién ha hablado á V. de nosotros?

—Otro soldado de la Caridad.

—¿D. Serafin?

—Sí, señora.

—¡Ah! ¡qué bueno es nuestro médico!

—Sabe cumplir sus deberes.

—¿Y va V. á estar con nosotros?...

—Sí, señora, mientras Vds. necesiten mis cuidados.

—¿Con quién habla V., madre? preguntó el enfermo, que acababa de despertar.

—Hijo mio, con un ángel que nos envia el cielo para endulzar nuestras horas de amargura.

El enfermo se incorporó y miró á Sor Dorotea.

—¡Ah! exclamó, y una sonrisa se dibujó en su rostro; en efecto, un ángel es quien hace en la tierra lo que sólo los ángeles son capaces de hacer.

—Tú que la ves, hijo mio, dime si es tan bella como yo me la figuro.

—Más bella todavía, madre mia.

—Vamos, dijo la hermana, basta de lisonjas; yo no hago más que cumplir las obligaciones de mi estado, y ni las gracias merezco. Lo que importa es cuidar al enfermo y que descansa la pobre madre; aquí hay una cama en la que V., señora, dormirá por la noche, mientras yo velo.

—¿Y no va V. á dormir?

—Yo dormiré un poco de dia.

—Dios pague á V. tanto bien.

La hermana de la Caridad lavó el rostro á la pobre vieja, la peinó, le dió un pañuelo de abrigo, cubrió con un lienzo blanco la ventana, para que no entrara tanto frio, barrió la habitacion, limpió el rostro del enfermo con un pañuelo de rica batista, le arregló la almohada, le puso otra nueva, para que estuviese con más comodidad, y transformó completamente aquel miserable lugar.

Cuando llegó la hora de comer, sacó del cajon de la mesa que habia llevado, platos y cubiertos, ella misma confeccionó la comida que tenia dispuesta desde la mañana, y por primera vez durante su enfermedad tomó el enfermo el caldo lleno de sustancia y verdaderamente reparador.

—¡Ah! exclamó el enfermo al ver aquellos cuidados y aquella tierna solicitud, ¡qué gran consuelo es la Caridad! ¡qué riqueza tan grande posee el que tiene buen corazon y generosos sentimientos!

Y tomando la mano de la hermana de la Caridad, pidió á ésta permiso para besársela.

—Yo tambien quiero besar la bienhechora mano que Dios nos envia, dijo la anciana.

Sor Dorotea lloraba al ver deslizarse por las pálidas hundidas mejillas del enfermo dos gruesas lágrimas.

—¡Ah! madre mia, exclamó, ¡si ella hubiera sido como esta señora!

—¡Me llamo Sor Dorotea!

—¡Bendito nombre, que nunca se me irá de la memoria!

—Otro nombre debes olvidar, hijo mio.

—Madre, es imposible; no puede cerrarse la herida abierta en mi corazon, y si no se cierra, ¿cómo quiere usted que olvide ese nombre?

—Ahora, dijo Dorotea, sólo debe V. pensar en Dios, y pedirle que le vuelva la salud. Cuando se quiere olvidar algo de este mundo, el mejor remedio es pensar en Dios. En el mundo están el engaño, la falsía y el dolor; en Dios la fe, la verdad y el consuelo. Piense usted en Dios, y le hará á V. olvidar las miserias del mundo. Es el consuelo de los desgraciados. Yo lo sé por experiencia.

—¡Usted! ¡Tambien V. ha sido desgraciada!...

—¡Oh! mucho, pero ya no lo soy.

—¿Cómo ha podido V. hacer?

—La resignacion ha sido mi remedio.

—Todos no tenemos alma de ángel, señora.

—Mi hijo se ha visto burlado en su amor y su esperanza.

—Pena de amores no he sentido yo nunca.

—¿Puede haber otro dolor mayor?...

—¡Oh, sí!

—¿Cuál?

—¿Cuál? Uno que V. no ha experimentado: no tener madre.

—¡Ah! es verdad, debe ser horrible dolor.

—Es decir, tenerla y no saber quién es, que todavía es más horrible desventura.

Y la hermana de la Caridad se ocultó el rostro con las manos, llorando, pero pronto enjugó sus lágrimas y continuó con dulcísimo acento.

—Mas yo no he venido aquí á ocuparme en llorar mis desdichas, sino en aliviar las ajenas, que tambien son mias, puesto que son de mis hermanos.

Dieron un golpe en la puerta.

La hermana de la Caridad fué á abrir.

Un hombre preguntó por el jóven.

—Aquí vive.

—Un amigo suyo y de su madre me encarga le entregue esto.

Y entregó á Sor Dorotea una carta cerrada, pero sin sobrescrito.

—Pase V.

—No, no puedo detenerme.

Y echó á correr por la escalera abajo, sin aguardar más.

—¿Qué es eso? preguntó la anciana.

—Esta carta para su hijo de V.

—¿De quién?

—De un amigo suyo.

—¡Amigos yo! Tiempo hace que no los tengo.

—¿Qué contiene? volvió á preguntar la madre.

—¡Abrala V., Sor Dorotea! dijo el jéven.

Sor Dorotea abrió la carta, que contenia un billete de cuatro mil reales.

—¡Contiene cuatro mil reales!

—¿Cómo?...

—Y no contiene más, ni un papel, ni una indicacion, nada más que el billete de cuatro mil reales.

—¡Una limosna! exclamó la madre.

—¡Un insulto! dijo el enfermo.

—No juzgue V. tan ligeramente las intenciones de quien le envia este dinero.

—No pueden ser otras. ¡Oh! ni siquiera me dejará morir tranquilo.

—¿Qué dices de morir, hijo mio?

—¡Madre, madre! ¡pero V. no comprende que ese dinero es de ella!...

Es ella, madre, es ella; para ella no hay más Dios, no hay más amor que el dinero; creará que para todos es lo mismo. No es dinero lo que yo necesito, no, madre mia; el amor puro y desinteresado de mi madre, el cuidado de Sor Dorotea, y un sacerdote que me confiese y me absuelva; esto es lo que yo necesito en estos supremos instantes.

—¡Hijo mio!

—Sí, madre, siento que mi vida se va... Ella, ella me ha muerto... ¡Maldita!...

—Calle V.

—Calla, hijo mio.

Dijeron así á un tiempo Sor Dorotea y la desventurada madre.

—Jesucristo, dijo la hermana, perdonó á los que le crucificaban, y no maldijo al pueblo de Jerusalem. ¿Se atreverá V., pobre criatura, á maldecir á la que dice que le ha ofendido?

—¡Oh, no! perdóneme V., Sor Dorotea, Dios me habla por boca de V.; en mi corazon no debe haber odio ni rencor para nadie.

—Bendito seas, hijo mio.

—Bendita V., madre mia, que no se ofende, porque no puedo olvidarme de aquella ingrata.

El esfuerzo que habia hecho el jóven, la emocion que le causó la vista del billete de cuatro mil reales, y la excitacion natural de sus recuerdos, le produjeron una horrible congoja.

—Acudió Sor Dorotea, sostuvo su cabeza, le enjugó el rostro empapado en sudor, y logró que pasara aquella terrible crisis.

—Sor Dorotea, hermana mia, dijo el jóven en voz baja á la hermana; yo me voy á morir y necesito confesarme.

—Bien, bien, hermano mio, cuando su madre de usted duerma.

—¡Oh! gracias; es V. un ángel.

XIX

La señora encubierta.

Cuando el hombre que entregó á la hermana de la Caridad los cuatro mil reales bajó á la calle, despues de haber cumplido su mision, una señora vestida de negro, completamente encubierta, se acercó á él y le dijo:

—¿Entregó V. la carta?

—Sí, señora.

—¿Quién abrió la puerta?

—Una monja.

—¿Cómo?

—O una beata, lo mismo da.

—¿Beata?

—Sí, señora, con un traje negro y unas tocas blancas.

—¿Vieja?

—No, señora, jóven y muy guapa, no agraviando lo presente.

—¿Y no vió V. á nadie más?

—No, señora; como V. me dijo que no esperase respuesta, bajé en seguida. Ella bien queria preguntarme.

—¿Habrá V. equivocado el cuarto?

—No, señora; es el último que hay.

—Tome V.

Y puso un duro en la mano del hombre, que, quitándose el sombrero, contestó:

—Señora, muchas gracias; si todos los dias tiene usted que darme algun recado semejante...

—No, gracias.

—Lo digo porque no me vendria mal... ¡Tengo tres hijos, y mi mujer está para parir.

—Vaya V. con Dios.

El hombre echó á andar, y la señora se quedó en el mismo sitio donde estaba.

—¡Una hermana de la Caridad! exclamó, sin duda está enfermo alguno. ¿Será él?... ¡Acaso mi madre!...

¡Oh! ¡qué penosa incertidumbre!... No me atrevo á subir... Acaso lo deberia hacer, pero no me atrevo...

¡Volveré! volveré y procuraré averiguar la verdad.

La señora encubierta echó á andar, pero sin advertir que la seguia el hombre á quien confió la carta entregada á la hermana de la Caridad.

Iba el hombre tras ella, diciéndose:

—Aquí hay un misterio. ¿Quién sabe si podré coger un hilo por donde pueda llegar á penetrar el miste-

rio? Por de pronto, sepamos á dónde va esa señora. Precisamente hoy no tengo nada que hacer, ni ningún dia tampoco. En vez de estar en mi casa, con los tres chicos, y mi mujer tan antojadiza, aprovecharé el tiempo en esta aventura, en la que no me expongo más que á ganar, y de ninguna manera á perder.

Y siguieron uno tras otra.

—Pues, señor, decia el hombre siguiendo á aquella señora, se conoce que tiene esta mujer unos piés privilegiados, es decir, sin ojos de gallo que le impidan andar con aquel desembarazo y aquella ligereza apetecibles; yo tengo tres en cada pié... Pero, ¿á dónde diablos va esa señora?... ¡Cuidadó que hemos andado calles y callejuelas!

Y la señora siguió andando hasta llegar á una plazuela donde habia varios coches de plaza con los cocheros durmiendo en los pescantes, y los caballos inclinada al suelo la cabeza, pensando en las amarguras de esta vida y en las vanidades del mundo.

La señora abrió la portezuela de uno de los coches, y despues de dar al cochero la direccion, entró.

Y mientras el cochero quitaba al caballo la manta vieja con que le tenia abrigado, y encendia su cigarrillo, se acomodaba en el pescante, y de órden de la señora subia los cristales, pensaba así el hombre que hasta allí la habia seguido:

—¡Ahora sí que se ha burlado de mí esa señora!... ¿Cómo sigo yo al coche?... Si tuviera buenos los piés, podria, sin duda, llevar ventaja en ligereza al caballo, que parece próximo á su postrera jornada; pero con

los piés como los tengo, no digo á un caballo, sino á una tortuga podría seguir con suma dificultad. Si pudiese echarme los piés al hombro y apretar á correr... ¿Qué hago en este trance? ¿Abandono la empresa?... No: ¿quién sabe?... Esta señora tiene un secreto, un secreto que no quiere que se sepa, como que si se supiera no sería secreto, y yo puedo venderle mi silencio por una cantidad alzada, cuanto más alzada mejor, ó por un destino... que me parece á mí que no le ha de ser muy difícil á esta señora sacar una credencial, siendo, como presumo que es, dama principal. No, no debo dejar de seguirla; soy padre, soy marido,—esto lo siento bastante,—y mi mujer no puede avenirse á la estrechez y azarosa vida de la pobreza. Necesito, pues, salir de esta prolongada sequía, ó cesantía, y tener con qué cumplir mis obligaciones materiales, sin lo cual no hay paz en mi casa, y mi mujer desconoce mi autoridad, y reclama el derecho de rebelion. La maldita política ha introducido también sus vicios en la sociedad, y hasta en el santuario del hogar doméstico. No me queda más que un remedio: arriesgar este duro que me ha dado esa señora, comprometer su existencia, exponerme á volver á casa con el duro mermado ó sin el duro, y seguir en otro coche á esa dama misteriosa.

—¡Eh, cochero! gritó á otro que, recostado en la cubierta de su coche, roncaba apaciblemente.

—¡Eh! contestó el cochero abriendo los ojos y la boca al mismo tiempo.

—Mira, ¿ves ese coche que va por allí?



—Sí, señor, ya lo divisó, es de la parada.

—Pues vas á seguirle.

—¿Detrás?...

—¡Hombre! yo no sé que se pueda seguir á nadie poniéndose delante.

—Lo dije por no faltar.

—Bueno, te lo agradezco.

Y un coche en pos del otro corrieron todo Madrid, dando mil vueltas, pasando cien veces por las mismas calles.

Y decia el pobre hombre:

—¡Ay! duro mio, querido duro, que eras mi consuelo, perdido te veo y en poder de este cochero maldito. ¿Cuándo se detendrá esa señora?... Bien se conoce que tiene más de un duro, porque si tuviera uno solo, huérfano de padre y madre, único, sin igual, como este mio, no lo expondría á tan grave peligro. Ya hace una hora que estamos corriendo por estas calles; duro mio, ya te has quedado sin dos pesetas, ya no eres duro, ya tendré que cambiarte por tres pesetas, y gracias si alguna no es falsa, que todo puede esperarse de estos enemigos del prójimo que se llaman cocheros. ¡Y yo que prometí llevar á mi mujer un cuarto de gallina, que se le ha antojado! Ya veo á mi futuro vástago salir berreando del claustro materno con un cuarto de gallina pintado en la espalda... ¡Y sigue la carrera, válganme las once mil vírgenes! ¡Ay! duro de mi alma, te han partido, porque todo lo más que de tí me devolvería el cochero, si ahora pudiera dejarle, sería medio duro, la mitad de tu valor

intrínseco, suponiendo que no me lo diera falso. Y pensar que dentro de quince minutos ya no me podrá volver ni siquiera medio duro, ya no tendré derecho mas que á dos pesetas, y dentro de una hora sólo me daría una peseta!... ¡Ah! ¡qué horrible situación! ¡comprendo la agonía de un reo de muerte!... Eso de saber la hora en que ha de morir, estando bueno y sano!... Yo tambien sé la hora en que me voy á quedar sin el duro, mi único bien presente, mi único recurso en estos solemnes momentos. Cada golpe que dan en el suelo las herraduras del fogoso corcel que me conduce, parece que lo siento en mi corazón.

—¡Cochero!

—¡Señorito!

—¿Pero aún no se detiene ese coche?

—No, señor, todavía no se ha *detenido*, ya avisaré yo. Por el caballo no tenga V. cuidado, porque lo acababa de relevar, y ántes habia tomado un pienso, que, aunque me esté mal el decirlo, puede que no haya V. comido como él.

—¡Animal!

—Si, señor, es un animal de mucho empuje, aunque lo ve V. así flaco y como aburrido.

—No estará tan aburrido como yo... ¿Separa, se para el otro coche?...

—No, señor, es que viene un muerto, y no puede pasar.

—¡Un muerto! ¡ese es dichoso! á ese ya no le importa nada de este mundo. ¡Pues no vienen pocos coches! ¡no pasamos en media hora!... Ahí va el muer-

to tendido en su caja de terciopelo tan ricamente. Ve en paz, hombre feliz, no te envidio, pero te admiro, te respeto por tu poco apego á las cosas de este mundo. Te has muerto; es lo mejor que podias hacer; ya tu mujer, que siempre te habrá estado pidiendo, no te pedirá nada, y pedirá á Dios por tí; ya no turbarán tu reposo los cambios de ministerio, y no te querás comer crudo al prójimo que está empleado cuando tú estás cesante, y no lograrán conmoverte las más espantosas convulsiones políticas. ¡Cuántos amigos llevas detrás! Se conoce que fuiste hombre de valer en el mundo. Cuando yo muera, si continúo hasta entónces en esta triste situacion, no iré detrás de mí más que algun acreedor, por si acaso resucito al llegar al cementerio, presentarme algun pagaré ó algun recibo de inquilinato. Adios, hombre, adios; yo no te compadezco, no quiero hacerte el agravio de creer que sientes haberte muerto. ¿Qué querias hacer en el mundo?... Vamos, ya se acaban los coches, ya podemos pasar. Todo lo más que me queda del duro será la exigua suma de seis reales. ¡Si tendré yo fortuna que hasta los muertos se interponen en mi camino! Ese hombre no habrá hecho daño á nadie, estando vivo, y, muerto, viene á hacerme perder lo ménos dos reales. Dios le haya perdonado.

Y todavía siguieron ambos coches media hora más, hasta que al fin, en una calle del centro, se detuvo el primero, y bajó de él la señora encubierta, y, despues de pagar al cochero, entró en el portal de una casa de bastante buena apariencia.

A alguna distancia se detuvo tambien el segundo coche.

—Señorito, ya bajó la señora del otro coche.

—Gracias, hombre, ya era hora.

—Ha entrado en el número 8.

—Pues aquí bajo yo tambien. ¡Ay, duro de mi alma!

—Empuje V., que con el agua se hincha la madera...

—¿Cuánto te debo?... A ver si eres hombre de conciencia...

—Lo que es eso, no tendrá V. que decir... Son dos horas y media...

—¡Hombre! ¡hombre!...

—Dos horas y media cerca; faltarán algunos seis minutos.

—Más falta. En mi reloj te aseguro que son ménos de dos horas las que han pasado.

—A ver, sáquelo V.

—No lo tengo aquí.

—Entónces...

—Pero si quieres ir por él á mi casa en un momento, aquí te espero.

—Usted tiene gana de conversacion.

—Te voy á pagar, no me la quieras cobrar tambien.

—Pues son dos horas y cuarto, y la propina.

—¿La propina? ¡Hombre! yo te la iba á pedir á tí.

—Este es un loco ó un pillo, pensó prudentemente el cochero.

—¿Tienes vuelta?

—¿De cuánto? ¿De un billete?

—No, de un duro.

—¿Y qué le he de volver?...

—Dos horas y cuarto, ¿cuánto cuestan?...

—Diez y ocho reales; y dos de propina.

—¡Propina!... Bueno, pues dame dos reales.

—Pero, señorito...

—Adios, simpático duro... ¿Ves este duro?... Pues recuerda siempre que hoy día de la fecha, el caballero que te dió este duro hizo el mayor sacrificio que puede hacerse en el mundo... Abraham iba á sacrificar á su hijo, pero Dios eterno detuvo su brazo... Yo sacrifico mi duro y nadie me lo impide... ¡Ah! qué grande hombre serias á mis ojos, ¡oh, cochero insigne! si me cobraras este servicio á mitad de precio, ó no me lo cobraras de ninguna manera.

—Pero, señorito...

—¡Oh! no, no ablandaré tu corazón, más duro que este duro, del que tengo que separarme para dejarlo en tus alevés manos.

—Yo no entiendo una palabra; yo tengo que dar cuentas.

—¡Oh! en cuanto á cuentas, bastantes tengo yo que dar; pero no doy ninguna, y no creí tener que dar tan pronto cuenta de este duro...

—Pero, hombre, todo se le vuelve á V. hablar de ese duro.

—Como que no tengo otro.

—¿Y para qué ha tomado V. el coche?

—Eso pregunto yo: ¿para qué he tomado el coche?

¿por qué no me lo impediste?... ¿por qué no me pediste el duro adelantado?...

—Yo no acostumbro...

—Pues hubieras hecho muy bien; tu exigencia me hubiera indignado, y puede que te hubiese dado un palo, pero de ninguna manera el duro.

—¡Vaya! pues deme V. el duro, y no me haga perder el tiempo. Ya podía haber hecho una carrera.

—¡Ojalá la hubiese hecho yo, no me vería como me veo!

—Deme V. el duro.

—¿No lo perdonas?...

—No, señor; á mí se me ha de pagar el trabajo.

—¡Oh! si el trabajo se pagase en el mundo, sería yo feliz, porque nadie vive con más trabajo que yo.

—¡Acabamos!

—Toma, toma el duro, y dame siquiera los dos reales...

—Pero, señorito, ¿y la propina?

—Pues eso te pido, la propina. Para tí, que estás acostumbrado á recibirlas, será un consuelo darla una vez.

—No, señor.

—No seas cruel y dame dos reales; considera que no tenía más que ese duro para acabar apaciblemente mis días.

—No tengo dos reales tampoco.

—Pues dame una peseta, y ya sé que te debo dos reales para cuando mejore de fortuna.

—Tampoco tengo pesetas.

—Entónces trae el duro, y pásate luego por casa y te pagaré.

—No, señor; no tengo más que diez cuartos sueltos; si los quiere V... y pierdo dinero; pero ya que dice V. que está tan pobre...

—Tráelos, que aún me sobrarán dos para un responso, despues de comprar una cuerda para ahorcarme.

Y el cochero se fué con su coche y con su duro, riéndose de aquel señorito de tan buen humor y tan tronado.

A la casa donde habia entrado la señora se dirigió el hombre, y preguntó al portero:

—¿Vive aquí una señora que ha entrado ahora poco?

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—Entónces, no vive aquí, porque todas las señoras que viven en esta casa se llaman de alguna manera.

—Es una señora de luto, muy tapada.

—¿Será fea?... Entónces es la mujer del escribano del segundo.

—No sé... ¿Hay muchos vecinos en esta casa?

—¡Digo! más de ciento; como que somos dos porteros, uno en cada portal.

—Pues qué, ¿tiene salida por otra parte esta casa?

—Sí, señor.

—Pues me he lucido. Esto sólo me faltaba...

—Pero ¡a dónde va V?...

El hombre, sin responder al portero, echó á correr

por el portal adelante; atravesó un patio, y luego otro patio, y luego otro, por donde salió á otro portal grande y lujoso, que era sin duda la entrada principal de la casa. En aquel portal, al pié de una magnífica escalera, estaba una preciosa carretela, con dos poderosas é impacientes yeguas, á quienes apenas podia refrenar el cochero.

Al pasar el hombre por delante del carruaje, un lacayo buen mozo sobre toda ponderacion abria la portezuela, y entraban en el coche una señora muy vieja y muy compuesta, y otra jóven y hermosísima, vestida con extraordinario lujo.

La segunda de estas señoras, al ver al hombre que pasaba por delante del carruaje, palideció.

XX

Un parto feliz.

Antes que el coche saliera del portal salió el hombre, y al mismo tiempo que salia el coche, pasó al lado del hombre otro hombre, que fijando la vista en las señoras que ocupaban el carruaje, exclamó:

— ¡Ah! ¡es ella!

Y el coche rodó por la calle adelante, y los dos

hombres se quedaron mirándole hasta que desapareció.

—¿Conoce V. á esas señoras? preguntó el primero al segundo.

—¿Y V.? contestó el segundo preguntando al primero.

—Yo no. Me habia parecido que una de esas señoras era una persona...

--Personas me parece que serán las dos.

--¡Qué gracia! ¿Es V. andaluz?

—No, señor, aragonés.

—¿Está V. sirviendo?

—No, señor, ¿y V.?

—Tampoco; soy cesante.

—Mi deseo es servir de algo, si V. tiene en qué ocuparme...

—¿Yo?... Si tuviera en qué ocupar á alguien, crea usted que no estaria yo tan desocupado.

—Pues, yo... ¡hombre, me parece V. un buen hombre!

—Muchas gracias; crea V. efectivamente que soy un buen hombre, así estoy yo de adelantado.

—Yo necesito quien me haga conocer este Madrid, donde desde mi llegada me han sucedido algunas aventuras, entre ellas la de haber perdido un billete de cuatro mil reales, y haber ganado una puñalada que me ha tenido algunos dias en el hospital.

—Lo de la puñalada no me extraña; esas ventajas se encuentran en Madrid á cada paso; lo que me sorprende es que un jóven como V. pueda haber perdido un billete de cuatro mil reales.

--Sí, señor, un billete que me dió, si no estoy equivocado, una de las señoras que iban en el coche que ha salido de ese portal.

--¿Qué dice V.?... ¡Ah! ¡desgraciado! ¿Por qué no me lo dijo V. ántes?... Me hubiera subido en la trase-
ra del coche para seguir á esa señora hasta el fin del mundo. ¿Cuál de ellas es la egregia y dadivosa dama?... ¿la vieja?...

--No, señor.

--Ya me habia yo figurado que esa jóven es una mujer muy distinguida y digna de toda consideracion. ¿Y dice V. que perdió el billete?..

--No, señor; presumo que me lo han quitado.

--¡Ya! se lo han limpiado á V... en Madrid hay mucha gente dedicada á limpiar al prójimo.

--Yo estoy seguro de haber entrado con el billete en el hospital.

--Y de haber salido sin él, ¿no es eso?

--Sí, señor.

--Pues, hijo, cuéntelo V. con los muertos.

--Sí, ya me dijo el escribano que me tomó declaracion, que debia olvidar para siempre aquel pícaro dinero, si no queria ir desde el hospital á la cárcel.

--¿Y en qué circunstancias le dió á V. el billete esa señora?

--Yo se lo contaria á V. todo, si hubiera comido, pero desde ayer no he probado bocado.

--¡Hombre! pues nada más fácil. ¿A qué fonda quiere V. que vayamos?

--A la que V. quiera. Yo no tengo dinero.

—Yo tampoco. ¿Sabe V. de alguna donde den de comer de balde?

—Yo no.

—Si quiere V. venir á mi casa... Allí algo habrá de comer. Siquiera porque me cuente V. su historia.

—Pues vamos allá.

El cesante y el hijo del sacristan llegaron á casa del primero, donde salieron á recibir á éste tres chiquillos, gritando:

—¡Papá! ¡Papá!

Y á los gritos de los chiquillos unia los suyos un perro de aguas, con los ojos muy encandilados, y que miraba con cierto ensañamiento las piernas del huésped, como si quisiera pegarle un mordisco.

Convenciendo estaba el cesante al perro de que no era modo de recibir á las gentes querer morderlas, cuando se abrió una puerta, y apareció una señora muy flaca de medio cuerpo arriba, y con una barriga que, yo no quiero ofender á aquella señora, pero en mi vida he visto una barriga más liberal, quiero decir, más pronunciada, que siendo pronunciada no podia ménos de ser liberal, porque este es el partido de los pronunciamientos.

—¡A ver cómo callais, condenados! gritó doña Eduvigis, que así se llamaba aquella sombra ensangrentada... ¡Lindo! ¡Lindo! (este era el perro), ven, ven aquí con tu amita.

Y cogió al perro en sus brazos, y le arrimó un par de besos en aquellos ojillos sangrientos, lo cual le valió un lameton del animalito.

—Eduvigis, dijo D. Fulgencio, que así se llamaba el marido, te traigo un convidado.

—¿Qué?...

—Este jóven es una persona con quien traigo entre manos un negocio, y habiéndome dicho que no ha comido aún, le he obligado á aceptar en nuestra pobre mesa...

—¿Sí?...

—No hay que poner ningun extraordinario.

—Ya cuento con eso. Pues oye, con permiso de ese jóven.

Y se llevó al marido á otro cuarto, miéntras el jóven quedó con los chiquillos, que le miraban como bobos.

—¿Cómo te llamas? preguntó el mayorcito.

—No sé.

—¿No lo sabes?

—Eres muy feo.

—Gracias, hijo.

—Papá y mamá se pegan.

—¡Buena noticia me dais!

—No, papá no pega á mamá; mamá es la que pega á papá.

—Dice que le va á sacar los ojos.

—Se conoce que se quieren mucho tus papás, hijo.

—¡Verás si voy allá! dijo la mamá desde el cuarto inmediato, habiendo oido las noticias que daba al huésped el niño.

—Es Joaquin el que lo dice.

—Diga V. que no, es Rufino.

—Es Antoñito...

En el cuarto inmediato se habia entablado el diálogo siguiente:

—¿Quién es ese tío?

—No es tío; es un jóven que conoce á cierta familia de la que yo espero sacar gran provecho.

—Siempre será una de tus cosas. A tí te engaña cualquiera.

—No lo creas, mujer; en mi afan de buscar recursos para mantenerte con el decoro que tú mereces, me agarro á un clavo ardiendo. Ese jóven puede darme noticias que acaso me pueden servir de mucho; es un jóven sin experiencia, sin mundo...

—¡Pues mira que tú! eres más tonto y más torpe...

—En fin, mujer, ¿qué nos puedes dar de comer?

—Nada.

—Eso es muy poco.

—Pues no hay más.

—Discurre un medio.

—Trabaja. Ya has olvidado que hemos convenido en que comerás cuando traigas con qué comprar lo que se come.

—Pero, hija...

—Yo y los chicos comemos, gracias á los vecinos del principal, pero para tí no hay. Tú eres el jefe de la familia, y seria una vergüenza que te dieran de limosna de comer.

—En fin, mujer, ¿tienes algun dinero?

—Dinero, el que tú has traído.

—¿Entónces no me das esperanza?...

—Esperanza, sí; dinero es lo que no te doy.

—¿Qué haré?

—Decir á ese hombre que se vaya á comer solo, ó que te convide.

—¡Oh! no; se trata de seguir una aventura que se me ha metido en la cabeza que me ha de poner en camino de salir de esta situacion, y no debo de vacilar. Voy á hacer un gran sacrificio.

—¿Cuál?

—Dame la llave del cofre. Voy á empeñar el frac.

—¿Cómo?

—Ya ves que empeñar un pretendiente el frac es como quemar las naves. Figúrate si tendré confianza en mi empresa. Si me equivoco, si mi aventura no tiene las consecuencias favorables que espero, entonces, ¡cómo ha de ser! sin frac para ir á las audiencias de los ministros y jefes de palacio, no me quedará más remedio que la muerte. No es el primer sacrificio que hago hoy; ya he sacrificado ántes un duro.

—¿Un duro?... ¿Has tenido un duro hoy?

—Sí, hija mia, un duro, y me lo he gastado en coche.

—¿Cómo? ¡Mientras tu mujer y tus hijos están aquí en la mayor necesidad, tienes un duro y te lo gastas en ir en coche!...

—Fué preciso. El sentimiento que me ha causado ese despilfarro me quitará un año de vida, tenlo por seguro.

—¡Ay! ¡ay!

—¿Qué es eso, mujer?...

—Nada... ¡Ay! ¡ay!

—Pero, ¿qué es lo que te pasa?

—Ojalá te pasará á tí. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—Mamá, mamá, gritaban los chiquillos empujando y queriendo abrir la puerta del cuarto donde estaban sus padres.

—¿Qué demonios pasa aquí?... pensaba el hijo del sacristan.

—¡Ay! ¡ay! continuaba la mujer.

—Pero, ¿qué tienes?

—¿No lo conoces, bruto?... Tengo dolores de parto.

—¡San Ramon Nonnato me valga!

La mujer gemia y sollozaba, los chiquillos se desgañitaban, el marido se paseaba con el frac en el brazo, el perro ladraba, y el hijo del sacristan estaba como quien ve visiones.

—Pues, señor, decia, buen convite me ha dado este hombre.

—Fulgencio, ¿qué haces que no te mueves? preguntaba la mujer.

—Pero, ¿qué he de hacer?

—¿Lo que has de hacer?... Busca al comadron...

—Voy... ¡Ay! hijo mio, ¡en qué ocasion vienes al mundo!...

—Puede que se lo vayas á echar en cara.

—No, pero bien podia haber esperado á que repusieran á su padre en su destino.

—¡Ay! ¡ay! ¡Pobre hijo mio!

—De mí debieras compadecerte. ¡Ojalá estuviera yo en lugar del chico!

—¿Vas, hombre?

—Sí, voy, métete en la cama, y no tengas cuidado.

—Que traigas dinero.

—Sí, facilito es.

—¿Para qué te has casado?

—Eso pregunto yo: ¿para qué me he casado?

—El que no puede cumplir sus compromisos no se casa.

El marido salió, despues de dejar á su mujer metida en cama, y dijo al jóven.

—Jóven, simpático jóven, ya ve V. el trance en que me veo.

Estamos de parto mi mujer y yo.

—¡Hombre!

—Sí, señor; tenemos esa suerte. Voy á buscar á un cirujano práctico en estos asuntos. Ruego á usted me espere, por si acaso ocurre algo.

—Bueno.

—Eduvígis, aquí se queda este jóven miétras yo voy á esa diligencia,

La mujer seguia dando ayes, y los chiquillos continuaban desgañitándose, y el perro, á cada movimiento que hacia el hijo del sacristan, le enseñaba los dientes y le amenazaba con arrancarle un pedazo de pantorrilla, apénas diera un paso.

Pasaron algunos minutos, y de pronto sonó un grito más agudo; los chiquillos corrieron al lado de su madre.

—¿Qué es eso, buena mujer?—preguntó Gil.

Doña Eduvígis le gritó desde la alcoba:

—¡Tome V., tome V.!

Y le entregó un muchacho muy gordo, que parecía imposible que pudiera haber vivido en un cuerpo tan flaco.

Cuando volvió D. Fulgencio, se encontró con un servidor más á quien mandar y mantener.

Don Fulgencio, no bien hubo visto en brazos del hijo del sacristan á su nuevo retoño, exclamó, increpando á su mujer:

—Pero, desgraciada, ¿por qué no has esperado al médico? Estas cosas no deben hacerse nunca sin anuencia de la autoridad y la autoridad en estos casos es el médico. ¡Cómo llora el angelito!... Parece que conoce la triste situación en que nos hallamos y se halla él, al venir al mundo.

—Saca la ropa, abrígale, dijo con apagada voz la parida ..

—¡La ropa! eso es muy fácil de decir; pero los trapitos de cristianar del último niño que tuvimos están empeñados, como sabes, gracias á que eran cosa de valor, regalo de aquella ilustre madrina que, si no se hubiera muerto, lo sería de este nuevo heredero de mi nombre, ¡y ojalá pudiera serlo de mí mismo, que no tendría inconveniente en volver á bautizarme!

—Abrígame.

—Bueno, bueno, le pondré mi gaban, le meteré en un bolsillo... no tengo otro recurso por ahora.

Y en efecto, el bueno de D. Fulgencio se quitó el gaban, y envolvió en él á la criatura, que acaso será

la única en el mundo que ha usado el gaban por primer traje.

Y estando en esto, entró el médico-cirujano, que no era otro que el mismo D. Serafin, á quien ya ha visto el lector en la casa de la madre ciega y el hijo moribundo. D. Fulgencio le conocia desde los tiempos de su buena fortuna, y el ilustrado y caritativo profesor no se negaba nunca á asistir á las personas que no podian pagarle; apreciaba muy poco el dinero, y con poco le bastaba para sus escasas necesidades.

—¡Ay! señor don Serafin, ¿ha visto V. qué imprudencia de mujer?...

—¿Qué dice V.?

—Que ya ha parido sin que V. la ayude.

—Amigo, la naturaleza sabe prescindir de todo auxilio, y no detiene jamás su curso... Le llegó la hora, y ha parido... Vamos, sea enhorabuena, D. Fulgencio.

—Gracias, añadió éste con aire compungido.

—Vamos á ver á la madre y luego veremos á la criatura. Lo primero es que la madre no sufra.

—Tiene V. razon, el padre es el que debe sufrir.

D. Serafin examinó á la enferma, y con visible satisfaccion salió de la alcoba, diciendo al venturoso padre:

—No tenga V. cuidado, tendrá V. esposa para mucho tiempo.

—Siempre es un consuelo.

—El parto ha sido felicísimo; dice que apenas ha sentido dolor. Es verdad que la costumbre hace mucho en estos casos.

--Pues mire V., D. Serafin, bueno es que pierda esa costumbre, porque á mí, francamente, me parte ahora un parto.

--Debo advertir á V. una cosa.

--¿Cuál?

--Su señora esposa no puede criar de ninguna manera.

--Yo tampoco, D. Serafin.

--La he examinado detenidamente y es imposible que lo crie. No viviria el niño, y la madre correria peligro.

--Pues, D. Serafin, si examina V. mis bolsillos, comprenderá que tambien me es imposible criar al niño.

--Usted no querrá echar su hijo á la Inclusa.

--No, señor, de ningun modo, primero me echaria yo mismo.

--Vaya, tome V. para los primeros gastos, y ya hablaré yo de V. á personas que conozco, amigas de hacer bien.

--¡Oh! D. Serafin, V. siempre tan bondadoso.

--Y dejo á Vds, porque tengo un pobrecito jóven muy enfermo en la calle de Hortaleza, y hace ya muchas horas que no le he podido ver.

--¿En la calle de Hortaleza? repitió vivamente don Fulgencio.

--Sí, señor.

--¿Cerca de la calle del Colmillo?

--Sí, señor, casi en la esquina.

--¿En una buhardilla?

—Exactamente. ¿Conoce V. al pobre jóven?

—Diga V., D. Serafin, ¿hay en su casa una hermana de la Caridad?

—Sí, señor, yo la he llevado, una santa.

—D. Serafin, déjeme V. que le dé un abrazo; y ahora dígame V., ¿conoce V. á una señora alta, de buen trapío y... no puedo dar más señas.

—No son muchas.

—Le diré á V., no tengo otras de esa señora, porque no la he visto la cara.

—Entónces...

—Esa señora, viéndome esta mañana parado, leyendo un cartel que habia cerca del portal de esa casa, en el que se leia *Se da dinero...* como yo siempre ando viendo dónde se da eso... se acercó y me dijo: —Caballero, ¿quiere V. hacerme un favor?

Y D. Fulgencio contó á D. Serafin que habia subido á la buhardilla y entregado la carta de la señora, y gastado luego el duro en seguir al coche de aquella dama.

— ¡Calle! exclamó el hijo del sacristan, que hasta entónces no habia tenido ocasion de hablar, lo mismo me sucedió á mí.

—¿A V.?

—Sí señor; una señora me dió un dia una carta y un duro por el t abajo.

—¿Y quién es esa señora? preguntó el médico.

—Eso pregunto yo, añadió el cesante: ¿quién es esa señora? Debe ser una gran señora, una egregia dama. Don Serafin, V. nos ayudará á descubrir

quién sea; debe tener esa señora algun secreto, que descubierto nos puede valer algo á mí y á ese simpático jóven... Jóven, haga V. el favor de meter al niño en el gaban, que se va saliendo poco á poco.

—D. Fulgencio, dijo el médico, yo no sé quién es esa señora, ni sospecho cuál sea su secreto, ni me importa descubrirlo, y me extraña mucho que un hombre honrado como V. forme el propósito de hacer una accion indigna.

—Mire V., si yo no quiero más que pedir un empleo á esa señora.

—No señor, no debe V. pedirle nada. Yo he hablado ya á algunos amigos, y tengo esperanzas de que será usted colocado.

—Entónces haga V. cuenta de que no he dicho nada; no daré un paso siquiera por descubrir quién sea esa señora.

El médico se despidió, y quedaron solos el padre de la criatura, el hijo del sacristan y la criatura, que daba vueltas en el gaban de su padre.

Felizmente para el niño, la madre le admitió en su lecho y halló abrigo, ya que no alimento.

Los otros hijos del afortunado y fecundo matrimonio, que miéntras estaba el médico, á quien tenian un miedo horrible, habian estado jugando en la escalera, entraron apénas salió aquel, pidiendo todos á la vez:

—¡Pan! ¡pan! Papá, ¡pan!

—Es verdad, hijos míos, el pan nuestro de este dia necesitamos todos, así como tambien este simpático

jóven, á quien convidé á comer... Perdone V., jóven, á no ser por la circunstancia faustísima del nacimiento de este nuevo vástago, ya habríamos comido... no sé qué, ni en dónde, pero ya hubiéramos comido, porque yo soy hombre formal y acostumbrado á cumplir mis palabras.

— ¡Pan! ¡pan! repitieron los chicos.

— Ahora, tened paciencia, criaturas, aquí tengo media onza que me ha dado ese ángel médico que se llama D. Serafin; con este dinero hay para todo.

Vamos, jóven, vamos á cumplir primero los deberes de la paternidad, buscando una acémila, digo un ama de cria, que me crie al niño... luego comeremos, y despues nos ocuparemos en arreglar el ceremonial del bautizo.

— Veo que está V. muy ocupado, dijo el hijo del sacristan, y renuncio al convite que me habia usted ofrecido.

— ¿Tiene V. prisa?

— Tengo que hacer, ya volveré á ver á V.

Y sin que le puciera detener su anfitrión, Gil salió, y al hallarse en la calle preguntó á una persona:

— ¿Me hace V. el favor de decirme hácia dónde está la calle de Hortaleza?

Y recibidas las señas, se dirigió á la citada calle, y buscando la del Colmillo, encontró pronto la casa misma donde entró el día de su llegada á Madrid con la carta que le diera la señora encubierta, y que resultó contener un billete de cuatro mil reales, de cuyo

paradero sólo podría dar noticias el escribano aquel que le tomó declaración en el Hospital.

En la puerta de aquella casa se detuvo, y pensó lo que había de hacer.

XXI

Donde parece que empieza otra novela.

Y ahora, si quiere el lector, volveremos atrás...

—¡Hombre! por María Santísima, exclamará el lector, puedo dispensar á V. que la novela sea larga, pero volver atrás ahora... Precisamente iba á quejarme de que no marcha V. en el desenvolvimiento de la acción con la regularidad debida...

—A eso voy; para que podamos marchar luego con algun desembarazo, es preciso que retrocedamos algunos años...

—¡Hombre! ¡años nada menos!...

—Sí, señor, para que de una vez sepa V. quién era la encubierta.

—Bien, vamos á ver.

—La ciega á quien ha visto el lector á la cabecera del lecho de su hijo moribundo, vivia años ántes en una posicion desahogada. Su marido le habia dejado una rentita regular, y un hijo que era toda su esperanza. Aquel matrimonio habia pasado muchos años sin tener hijos, aunque los deseaba, y ántes del nacimiento del que fué luego toda su dicha, la Providencia deparó á los esposos ocasion de hacer las veces de padres y ejercitarse en este sublime ministerio, poniéndoles en su camino un sér completamente abandonado, y que sin ellos hubiera muerto en las losas de una calle, como un perro. Una noche encontró junto á la puerta de su casa aquel honrado matrimonio una niña recién nacida, que todavía conservaba el calor de las entrañas de su madre.

La intencion de la persona que abandonó á la pobre criatura era evidentemente la de que esta muriera, y á haber sido recogida media hora despues es seguro que sólo se habria recogido un cadáver. La niña vivió, cuidada con solícito esmero por aquellos padres que la Providencia le habia deparado, y les consoló de la falta de hijos propios; que hacer el bien es el consuelo mayor para todas las penas del mundo.

Dos años despues, Dios quiso premiar su obra de ardiente caridad, dándoles al fin el hijo que tanto deseaban cuando ya habian perdido la esperanza de realizar su deseo.

Crecieron los niños, murió el padre, y la madre quedó repartiendo por igual su afecto y sus cuidados

entre la hija adoptiva y el hijo propio. Este era de una naturaleza sensible, delicada, impresionable, afectuoso con todo el mundo, incapaz de hacer daño á una mosca; la niña, por el contrario, soberbia, fuerte, enérgica, de carácter egoísta é imperioso, y con una vanidad sin límites.

El lujo era su pasión favorita; las señoras elegantes que veía pasar le llamaban grandemente la atención, y todo su estudio consistía en imitar la apostura de las más distinguidas, su lengaaaje, sus maneras, como si ella esperase llegar á eclipsar á todas, como llegó en efecto, andando el tiempo.

Dedicóse el jóven á la pintura, y, vistas sus notabilísimas disposiciones, aconsejéronle sus maestros un viaje á Italia, cuna y emporio de las artes.

Su madre secundó esta idea, por más que le hubiera de producir inmensa pesadumbre verse separada de su hijo, pero por una parte el natural deseo de que perfeccionase su educación artística y llegase á ser un pintor tan notable como prometía, y por otra el vago instintivo temor que tenía acerca del porvenir del jóven al lado de aquella que ya sabía que no estaba ligada á él por vínculo alguno, la hicieron estimularle á emprender en efecto aquel viaje.

El muchacho amaba á la hija adoptiva de sus padres.

Era un alma buena, y habiendo sabido de boca de su madre el triste origen de aquella infeliz, hija de padres desconocidos, y abandonada cruelmente al nacer, la amó todavía con más empeño.

—Pobre mujer, se decia en sus horas de soledad, ha venido abandonada al mundo; mis padres la recogieron y la llamaron su hija; yo debo continuar esta buena obra de mis padres, y debo llamarla mi esposa.

Yo sé su nacimiento, su desgracia, y no haré que se avergüence nunca; si otro quisiera casarse con ella, al saber que se ignora quiénes fueron sus padres, acaso desistiria de su propósito, y puede que la despreciara.

Hallaria amantes la infeliz, pero puede que no encontrase un esposo.

Ella me ama, sí, y cuando sepa que no es mi hermana, cuando sepa lo que por ella han hecho mis padres, me amará mucho más; ¿cómo no ha de amar á quien se ofrece á ser su guia, su protector, su compañero en el mundo?... Ella está sola, no tiene más familia que mi madre y yo; ¿cómo ha de preferir la soledad? ¿cómo ha de pagar con una ingratitud tanto amor como mis padres y yo la hemos consagrado?

¡Oh! si no me amase, me moriria; yo no podria vivir sino con la esperanza de estar unido á ella para siempre.

Antes de emprender el viaje á Italia, ya convenido, habló el jóven, que era buen hijo, con su madre, y le descubrió franca y lealmente sus sentimientos, sus esperanzas de ventura.

Todo lo habia adivinado ya la buena señora, con ese privilegiado instinto que Dios concede sólo á las

madres, en compensacion de los deberes que las impone.

—Hijo mio, todo lo que piensas, le dijo, es noble, es bueno y generoso, Pero ella ¿te ama?

—¡Oh! sí señora.

—Para mí sería una felicidad veros unidos á los dos, y llegar á vuestro lado á los postreros dias de mi vida.

—Ella me ama, madre mia, y para que V. se convenza, yo prometo sondear su corazon ántes de marchar, porque no me iré á Italia sin la consoladora esperanza de que á mi regreso hemos de ser esposos. Quiero que me empeñe su palabra.

—¿Estás resuelto?

—Sí, madre mia; es preferible un desengaño á esta incertidumbre. Ademas, no debemos engañarla, le debemos la verdad entera.

—¡Ay! hijo, es para ella tan amarga esa verdad...

—¡Oh! madre, mia, la oirá entre palabras de amor y promesas de felicidad, y la hallará ménos triste y desconsoladora.

—Haz lo que quieras, hijo mio; tú tienes más talento que yo, y pensarás, sin duda, lo mejor y lo más prudente. Yo no sé cómo se puede decir á una persona, sin desgarrarle el corazon, que no se sabe quiénes fueron sus padres, que fué arrojada á la calle para que muriera, y por caridad fué recogida.

—Es horrible, es verdad, pero yo hallaré modo...

—Dios te ilumine.

—En él confío.

Ya se acercaba la época en que el jóven pintor debía emprender su viaje.

Para llevar un recuerdo de su *hermana* habia comenzado á hacer un retrato en miniatura, que la representaba fielmente.

Un dia que la madre habia salido, y el jóven estaba dando los últimos toques á su preciada obra, se decidió á acometer la temible empresa de revelar á su *hermana* su nacimiento.

No es posible describir aquella escena; no lo es trasladar fielmente aquel diálogo, que terminó con la revelacion del penosísimo secreto. ¡Cuánto amor y cuánta delicadeza en las palabras dulcísimas del amante! ¡qué terrible ansiedad! ¡qué confusion de afectos en la pobre huérfana!

No quiso él, que siempre habia de ser bueno y generoso, quitarle toda esperanza; sabia que la esperanza, por leve, por improbable, por irrealizable que sea, es un supremo bien para un pecho apenado, y no le dijo que habia sido abandonada en la calle, como un animal que estorba, sino que habia sido confiada por los autores de su existencia á su misma madre, y que un dia los conoceria, porque podrian libremente presentarla como su hija.

El golpe fué terrible, sin embargo, y la huérfana recibió tal impresion, que llegó á temerse por su vida, y esto dilató más de lo convenido el viaje del pintor á Italia.

La solicitud de la buena madre y el amor del jóven cerraron, aunque no la pudieron curar radical-

mente, la herida abierta en aquel jóven corazon, y pasó la crisis, y los médicos declararon fuera de cuidado á la huérfana.

Todas fueron entónces preguntas á la buena madre; pero esta se encerró en una completa reserva; el jóven redobló sus amorosos esfuerzos, y tales protestas hizo, y tales esperanzas daba de felicidad á la dueña de su albedrío, que aquel corazon no pudo ser insensible, y el dia ántes del viaje, el amante arrancó á la mujer amada una solemne promesa.

—¿Me amarás siempre, Isabel? la preguntó.

—Siempre, Luis.

—¿Me serás fiel?

—Si lo dudas, me ofendes.

—Si tu amor no fuera tan firme como el mio, moriria desesperado.

—Yo quiero que vivas para mí. Sin tí, estaria sola en el mundo.

—Yo te juro hacerte olvidar la pena que te atormenta.

—Sólo tú podrias.

Y el jóven partió, lleno de amor y de esperanza, y ganoso de adquirir todos aquellos conocimientos que podrian completar su educacion artística, y deseando volver con la más legítima y noble aspiracion: la del amor y la gloria.

Ella quedó triste, muy triste.

Su vida habia sido una dicha constante, y la primera pena que la atormentaba era superior á todas las penas de este mundo.

¡No tener padres!

Es gran desventura no tener padres, no haberlos conocido, haberlos perdido cuando aún no se tenía conocimiento, cuando no se les ha podido llorar...

Pero el huérfano que está en este caso no es tan desgraciado, porque sabe que los ha tenido, porque sabe que le han amado, porque tiene algun pariente, algun amigo, que los ha conocido y le puede hablar de ellos, porque acaso conserva un retrato que se los representa, porque tiene en fin, el inefable consuelo de orar por ellos y dirigir al cielo su pensamiento...

Pero el huérfano que no sabe si sus padres viven ó han muerto, que ignora cómo se llaman, que no sabe si el que pasa á su lado indiferente por la calle es su padre, ó si su madre es una señora, una jóven seducida, una esposa adúltera, ó una infame meretriz, sufre la mayor de las desventuras, el más horrible de los tormentos.

Aun el expósito, el que se cria en un asilo de caridad, tiene un consuelo. ¿Quién sabe si sus padres le dejaron allí para recogerle un dia? ¿quién sabe si se desprendieron de él porque no podrian criarle, y prefirieron morir de hambre ellos solos? .. Puede ser hijo del vicio, pero tambien lo puede ser de amor legitimo.

El que ha sido abandonado en una calle no puede hacerse ninguna ilusion consoladora. Su nacimiento es consecuencia de un delito; sus padres se han avergonzado del delito, y han hecho responsable de su vergüenza al inocente. Sus padres son unos infames,

cualquiera que sea la clase á que pertenezcan ; más infames cuanto más alta sea aquella, más desnaturalizados y más criminales.

Hay para volverse loco, hay para maldecir de la vida, y execrar á los hombres, que en su soberbia maldita, en su maldad, hacen lo que no hacen ni las fieras del desierto ni los reptiles inmundos que se arrastran por el suelo.

El jóven artista no olvidó un momento á la elegida de su corazon. En medio de tantas y tantas maravillas como veia, contemplando á toda hora las mujeres más hermosas del mundo, viviendo con amigos, jóvenes como él, y brindándole la suerte placeres sin cuento, nunca olvidó á su pobrecita huérfana, á la que no tenia más esperanza que él en el mundo.

No hizo un solo cuadro en que no pintase el rostro de su amada.

Ora pintase una reina, ó una pastora, ó una mendiga, ó una santa, siempre pintaba el rostro que veia constantemente en su imaginacion de enamorado.

En el arte hizo prodigios; todos los más famosos pintores le presagiaron triunfos sin número, y ofrecieronle grandes ventajas, si se establecia en Italia, renunciando á volver á España.

Consultó con su madre y con su amada, y en caso de convenirlas, hubiese regresado á Madrid para acompañarlas; pero ella no queria salir de España.

La infeliz no queria alejarse del sitio donde acaso podria llegar á encontrar á sus padres.

Bastó esta indicacion para que el artista renunciara á todas las ventajas que pudiera proporcionarle su establecimiento definitivo en Italia.

Las cartas que recibia de su amada eran muy tranquilizadoras; en todas le manifestaba el más profundo amor, y esto le estimulaba más y más para trabajar con empeño y procurar saber tanto como el que más supiera del divino arte á que le habia llevado su decidida vocacion.

Su talento, su gracia y su apostura le hicieron simpático á todo el mundo, y á pesar de su deseo de estar solo, absorto en sus pensamientos, en compañía de su amor y sus esperanzas, no pudo prescindir de frecuentar la mejor sociedad, pues desairando las invitaciones que se le hacian hubiera sido ingrato á las grandes muestras de consideracion que se le dispensaban.

Habia en Florencia una ilustre familia, cuyo jefe, dueño de una fortuna colosal, y grande é inteligente aficionado á las bellas artes, se complacia en el trato de los artistas distinguidos, y les dispensaba generosa y noble proteccion, encargándoles cuadros que, ó guardaba en su magnífico museo, ó regalaba á las iglesias ó á sus amigos íntimos, con una prodigalidad pasmosa.

El marqués de la Rosa, que éste era el título de aquel noble personaje, visitaba diariamente los talleres de los artistas más distinguidos, y, por consiguiente, no tardó en conocer al hijo de la viuda, de quien otros pintores le habian hablado con justos elogios.

El jóven pintor español le fué muy simpático, y complaciase el marqués en verle pintar, en departir con él sobre bellas artes y literatura, y llegó al fin á no poder vivir sin tan agradable compañía.

Ofrecióle habitacion en su palacio, pero el artista no se atrevió á aceptar la oferta, y el marqués imaginó, para tenerle cerca, encargarle los retratos de toda su familia, que era muy dilatada.

¿Cómo habia de rechazar la ventajosa y honrosa proposicion que se le hacia?

En toda la familia del marqués hizo la misma favorable impresion que en cuantas personas le trataban.

La marquesa, buena y respetable anciana, cuyo retrato fué el primero que hizo, llegó en poco tiempo á profesarle un cariño casi maternal.

El jóven le hablaba de su madre con un amor, con un entusiasmo, con un respeto, que ella, que era madre tambien, no pudo ménos de conmoverse al hallar aquel modelo de afecto filial.

Concurría la circunstancia de que aquella santa mujer habia tenido cuatro hijos, y los cuatro los habia perdido, quedándole sólo otras tantas hijas. La buena madre le decia muchas veces:

—¡Cuánto daría yo por tener un hijo como V.! Dios no me ha querido conceder ese inefable bien.

Y hallaba cierto consuelo en hablar con el pintor de sus cuatro hijos, arrebatados á la vida en cuatro dias, durante una epidemia que hubo en la ciudad.

El jóven la consolaba, la tranquilizaba y la per-

suadia; tal es el poder del talento unido al sentimiento.

Todo el temor de aquella mujer era que muriese alguna de sus hijas.

—No sobreviviría yo á semejante desgracia, decía.

Y tenia razon, porque es imposible hallar cuatro criaturas como las hijas de la marquesa.

Eran cuatro lozanísimas flores, que Dios habia querido poner en el mundo para testimonio de su infinito poder.

Mudo y suspensó quedó el pintor el dia que las vió, al encontrar una belleza superior, infinitamente superior á la que él se habia formado en su sueño de artista.

—¿Qué angelicales criaturas tiene V.? dijo á la madre; comprendo, en efecto, que no pudiera V. sobrevivir á la pérdida de una de ellas.

—¡Ah! V. no sabe, amigo mio, lo que gozo y lo que sufro, lo que gozo al verlas, tan bellas y tan buenas, y lo que sufro cuando la más ligera nubecilla empaña la purísima frente de alguna de ellas, cuando pienso que la muerte es compañera inseparable de la vida, y que en un momento cierra los más hermosos ojos, desfigura el más bello semblante, y convierte en un monton de polvo el más delicado cuerpo... El más pequeño malestar que sienten, el alimento que toman, el calor, el frio, un balcon abierto, cualquier cosa, en fin, me preocupa, me hace temblar, me quita el sosiego para muchos dias... No somos nada, no tenemos fuerza ninguna, la más mínima causa nos

produce una enfermedad... Conozco que es la condicion humana; pero, ¿qué quiere V.? soy madre, y á veces hasta me quejo de que no haya un privilegio en favor de mis hijas por gracia especial de la naturaleza... Es una locura; pero, hijo mio, las buenas madres están siempre locas de amor por sus hijos. ¡Ah! tambien me hace sufrir mucho la idea de que ha de llegar tiempo en que mis hijas cumplan la ley general y se casen y se separen de mí. Esta idea me aterra, y paso las noches pensando en esto.... ¿Quién sabe si sus maridos serán buenos? ¿quién sabe si las harán desgraciadas?... ¡Oh! esta idea me pesa como una losa de piedra... porque... ¡cuántos sacrificios tienen que hacer las madres! Educan á sus hijas con el mayor esmero, con la más tierna solicitud, con amor infinito, viven por ellas y para ellas, las aman sobre todas las cosas del mundo, les sacrifican la juventud, los placeres, la amistad, todo... y luego, un dia viene un hombre, un desconocido á quien no se ha visto nunca, que nada se le debe, que acaso es un malvado, y con una palabra de amor dicha al oido de una inocente, ésta le consagra todo su amor, y no piensa más que en él, y no oye los consejos de su madre, y alguna vez el amor de su madre la importuna; y al fin le sigue, se entrega á él á la ventura, se resuelve á compartir su suerte, se expone á ser esclava de un ingrato, de un déspota, y deja á la madre sola, sola con su amor infinito y su infinito dolor. ¿No es verdad que es horrible pensar todo esto, amigo mio?

—¡Oh! sus hijas de V. serán amadas por hombres buenos y honrados, porque lo merecen.

—Se ven casos muy singulares: ¡cuántas mujeres bellas, ricas, buenas, se casan llenas de amor y de esperanza, y luego se las ve abandonadas por sus maridos, que prefieren el falso amor de aventureras mujerzuelas! ¿Quién es capaz de penetrar lo que se esconde en el corazón de ese monstruo de ingratitud que se llama hombre?

—No debe V. pensar en eso todavía.

—¡Oh! sí, señor. ¿No ve V. que las madres sabemos todo eso, no ve V. que yo misma me separé de los brazos de mi madre, que me amaba como amo á mis hijas, para seguir á mi marido?... Es la ley natural ineludible, y al cumplir esa ley, las mujeres suelen equivocarse muchas veces.

—También los hombres se equivocarán.

—Sí, también; pero es diferente. Un hombre es libre siempre, un hombre puede hallar consuelo á la ingratitud de su mujer en el trabajo, en el estudio, en los viajes, en la amistad... Una mujer casada, ó es feliz, ó es desgraciada. Si lo último, no hay desventura que con la suya se pueda comparar. ¡Y es tan fácil que un marido se extravíe! Dado el primer paso, ¿quién sabe á dónde llegará?... V. no conoce el mundo todavía; V. no ha visto los matrimonios que yo he visto... V. no sabe de lo que es capaz el mundo.

—¡Oh! y me alegro de ignorarlo.

.....
Estas conversaciones estrecharon el más puro

afecto entre aquella anciana madre y aquel excelente hijo, y muchas veces pensaba la buena señora:

—Si á lo ménos los maridos que diera á mis hijas fueran como el pintor.

Terminado el retrato de la madre, tocó el turno al de la hija mayor, jóven de veinte años, que era un encanto, un prodigio de hermosura.

Virginia, que así se llamaba, experimentó tambien la influencia que ejercia el artista en cuantas personas le veian; y lo que al principio fué simpatía se convirtió en poco tiempo en verdadero amor.

Era natural; ella era buena sobre todo encarecimiento, hermosa, discreta y sensible, y habia de amar á quien presentaba carácter tan análogo al suyo, á quien sentia como ella sentia y pensaba como ella pensaba.

Aquellos dos corazones habian nacido uno para otro, pero la fatalidad se habia interpuesto, y no pudiendo ya unirse aquellos dos corazones, era su destino vivir y morir pensando separados.

Pronto conoció el artista el sentimiento que nacia en el corazon de Virginia, y tembló pensando que habia ido á aquella casa á hacer desgraciada á una criatura digna de toda la felicidad posible en el mundo.

Dejó de ir algunos dias á la casa del marqués, y éste fué á buscarle y á llevarle por fuerza, porque desde que él no iba, estaban su mujer y sus hijas tristes y apenadas.

El no podia descubrir el motivo que le habia

obligado á retirarse, y no tuvo más remedio que volver.

Ya habia conocido la madre lo que pasaba en el corazon de su hija, ya la habia interrogado, y Virginia, que no sabia fingir, ni podia ocultar á la madre á quien veneraba, sus más recónditos pensamientos, le habia confesado que amaba al pintor.

La marquesa conoció que era cuestion de vida ó muerte para su hija, y, es claro, lo que ella queria era que su hija viviera.

Su hija pertenecia á la más legítima nobleza; tenia una fortuna inmensa, y el pintor no era aristócrata ni rico, pero era la marquesa una mujer de clarísimo talento, y no posponia la ventura de la que era su sangre misma á una ridícula vanidad.

El pintor era un hombre honrado y de talento; ¿qué le importaba á ella lo demas?...

Convencida de que él no hablaria, de que no se atreveria á pedir la mano de la rica heredera, de que su excesiva delicadeza le aconsejaba la mayor reserva, se decidió ¡bendita madre! á hacer el gran sacrificio por su hija; se decidió á decir al hombre á quien aquella amaba:

—Mi hija es mi bien, mi felicidad, mi vida entera, pero no es feliz conmigo; con V. será feliz; tome usted, pues, mi hija, mi fortuna; si no quiere V. vivir aquí con nosotros, llévesela V. á donde quiera; yo me quedaré sin luz, sin sol, sin alegría, pero tranquila, pensando que mi hija es feliz con su marido.

Poco más ó ménos, esto dijo la marquesa al pintor, con lágrimas de amor purísimo.

Pero otro golpe mucho más terrible amenazaba á la infeliz.

—Señora, dijo el jóven, no sé cómo pagar á V. esta prueba de afecto que me da; toda la sangre de mis venas hubiera dado por poder evitar esta ocasion; hace dias, señora, que he comprendido lo que pasaba en el corazon de Virginia, y crea V. que no he hecho nada por merecer y alentar ese amor, porque yo, reconociendo que el alma de Virginia es como no hay otra en el mundo, que su amor será la felicidad para quien lo sepa merecer, y que la honra que V. me quiere dispensar admitiéndome en su familia, es tan grande que ni soñar siquiera hubiese podido jamás, no puedo, no puedo corresponder al amor de Virginia, ni aceptar la ventura que V. me ofrece.

—¡Oh, Dios mio! ¡hija de mi corazon! exclamó la madre con acento indefinible, con un acento que era un grito desgarrador, un presentimiento fatal.

—Señora, al punto que hemos llegado debo decir á usted toda la verdad; Virginia es un ángel, Virginia seria mi eterna ventura, pero al salir de España hice un juramento que me impide pensar en otro amor.

—¡Ama V. ya?...

—Sí, señora; amo á la mujer más pobre y más desgraciada del mundo.

Y el pintor contó á la marquesa la triste historia de la huérfana recogida en la calle, y á la que habia ofrecido su mano.

—¡Oh! exclamó la anciana, no es esa huérfana tan desgraciada como mi hija. Ella, pobre, sin padres,

sin nombre, tiene la esperanza de ser feliz; mi hija no tiene ninguna; ni los blasones de su familia, ni los millones de su dote le sirven de nada, ni el amor de su madre la podrá consolar, ni con mi vida puedo comprar su ventura.

—Señora, crea V. que siento profundo dolor oyendo esas palabras.

—¡Oh! añadió la anciana estrechando entre las suyas la mano del pintor, es V. un hombre honrado... Por eso es mayor mi pena... El único hombre que he conocido á quien hubiera dado con alegría y sin temor la mano de mi hija, es precisamente el que no puede aceptarla.

—Señora, Dios lo ha dispuesto así.

—No diga V. que Dios, la fatalidad. Dios hubiera querido ver unidos á dos seres que parecen nacidos el uno para el otro.

El marqués, amantísimo padre de Virginia, sufrió un gran desengaño al ver que el pintor no aceptaba la mano de su hija; hubiera sido para él una fortuna verdadera tener en su casa el gran artista y poderle llamar su hijo.

—Los pergaminos, decía el marqués, los títulos de nobleza no valen nada, y en nada los estimo; la única aristocracia que reconozco es la del talento. Más dichoso sería casando á mi hija con un artista que con el heredero de un trono.

¿Y Virginia?...

La pobre niña, ajena á lo que pasaba, enamorada del pintor, y habiendo confesado su amor á su madre,

esperaba, esperaba que el artista respondiese á aquel sentimiento puro é inextinguible que habia hecho nacer en su corazon.

—Me ama, decia la pobre jóven, me ama... Dios no podria permitir que, amándole yo tanto, él fuese ingrato... ¡Oh! ¡si no me amase, conozco que no podria vivir!

Ya veremos que el presentimiento fatal de la desdichada jóven no era infundado.

Hacia ya cerca de dos años que el jóven pintor se hallaba en Italia, y parecia que habian pasado dos siglos sin ver á su huérfana, á la elegida de su corazon.

Estaba muy triste.

El amor que Virginia sentia por él, la tristeza de los padres de ésta, que habian creido poder hacer feliz á su hija, y comprendian que aquella tierna flor perderia su lozanía y moriria por fin, en cuanto le faltase el rayo vivificador de la esperanza, que es el sol que da calor á los corazones heridos, y el temor, á pesar de sus juramentos y de su fe inquebrantable, de no poder resistir al fin á la pasion que habia inspirado, le hicieron pensar volver á España ántes del tiempo que habia juzgado necesario permanecer en Italia.

Despues de reflexionarlo algunos dias, escribió á su madre y á su prometida, diciéndolas que deseaba volver y reducir á dos en lugar de tres los años de estudio en el extranjero.

No tardó la contestacion.

En una carta muy cariñosa le decia su prometida que no volviera hasta cumplir los tres años de estudios, que deseaba que volviera para no separarse de ella nunca más, pero que considerando precisos los tres años de estudio de las escuelas maestras de la pintura, no queria sacrificar á su amor la gloria de quien habia de ser su esposo.

En fin, el jóven quedó convencido, y decidió obedecer á su amada. No cabia en su imaginacion la sospecha, no podia presumir que aquella carta queria decir lo contrario de lo que decia, en cuanto al amor de su prometida. Los corazones sencillos, francos y buenos son fáciles de engañar.

¡Otra habria sido la suerte del artista si hubiera comprendido la verdad!

Allí se le brindaba con el verdadero amor, con la fortuna, con el honor, con la verdadera felicidad, y todo, todo lo rechazaba por ser fiel á su juramento, por cumplir hasta el fin una buena accion.

Virginia habia sabido que el pintor trataba de volver á España, y nada habia dicho. La pobre niña estaba resignada. Aquel á quien amaba no la amaba. Mientras le veia podia vivir con una leve esperanza; cuando no le viera, moriria como una planta olvidada.

Los marqueses le habian suplicado que no dejase de visitar su casa diariamente, y él no habia podido negar este favor á aquellos padres, que, al suplicárselo, parecia que le suplicaban la vida de su hija.

Era una situacion muy difícil la del jóven artista.

Hizo el retrato de Virginia, y pintó tan bien la dulcísima y melancólica expresion de la pura mirada de aquella mártir del amor, que cuantos veian el cuadro comprendian que aquella era una mujer enamorada.

Y ella misma se decia muchas veces:

—¿Cómo no conoce que le amo?...

Su madre no se habia atrevido á decirle que amaba á otra, porque hubiera sido matarla más pronto.

Ocurriósele al marqués hacer un viaje y llevar á sus hijas, con objeto de distraer á la enamorada: ésta no se opuso; estaba acostumbrada á obedecer á sus padres, y áun conoció y agradeció la intencion con que la proponia aquel viaje.

—Si yo pudiera arrancarme del pecho este amor... decia.

Emprendieron el padre y las hijas el viaje, pero á los quince dias volvieron.

—Volvemos, dijo el marqués á su mujer, porque no he querido que no vuelvas á ver á tu hija.

—¿Cómo?

—Ese amor la mata; ya has visto qué desmejorada viene... Ella no se ha quejado una sola vez en estos quince dias, en nada me ha contrariado, ha oido mis consejos humildemente, ha comprendido la fuerza de mis reflexiones, pero cada dia estaba más pálida, no ha dormido más que algunas horas rendida por el cansancio, y cuantas veces la hemos sorprendido en su cuarto sus hermanas ó yo, la hemos visto apresurarse á enjugar una lágrima...

—¡Dios mio! ¡hemos perdido á nuestra hija!

—Esa pasion fatal la lleva al sepulcro.

—¡Oh! ¡maldita la hora en que vino ese hombre á nuestra casa!

—Y es inútil todo lo que se le diga; él, allá en el fondo de su corazon, ama á Virginia; seria un mal nacido si fuera insensible al amor inmenso que ha inspirado, pero esa promesa hecha, ese fatal juramento....

—¡Oh! es un hombre honrado; su prometida es, como nos ha dicho, una desgraciada, una mujer que no tiene ni nombre siquiera, y esto le obliga más y más al cumplimiento de su propósito. Si fuera capaz de faltar á su obligacion respecto de esa mujer, le daria nuestra hija, porque seria dar la vida á ésta, pero no le podria estimar tanto.

—Tienes razon.

—Confiemos en Dios; él solamente puede curar de su pasion á nuestra hija y librarnos del terrible golpe que nos amenaza.

Hubo una exposicion de Bellas Artes, y nuestro artista presentó la mayor parte de los cuadros que habia hecho durante su estancia en Italia.

En casi todos estos cuadros, como ya creo haber dicho, habia pintado el rostro de la huérfana que habia elegido para compañera de su vida, y esta circunstancia llamaba mucho la atencion de todo el mundo.

Virginia fué á aquella exposicion y notó lo que todos notaban: aquel gracioso semblante, ora expresando el amor profano, ora el amor místico, ora la altivez

y el poder, ora el dolor, ora la gloria, ora la miseria, segun el asunto de cada cuadro, estaba reproducido infinidad de veces.

Virginia miró atentamente aquel rostro en el primer cuadro, y exclamó:

—¡Qué mujer tan hermosa!

Cuándo llegó al último cuadro de los del mismo autor, volvió el rostro, y apretando convulsivamente el brazo de su madre, le dijo:

—¡Esa! ¡esa es!...

—¿Quién, hija mia?

—¿Quién?... La mujer á quien ama. ¡Si era imposible que no amase ese hombre!...

--¡Qué niña eres!...

—Sí, madre mia; ese rostro no es el de un modelo mercenario, como tienen aquí todos los pintores para sus composiciones; ese rostro es el de una mujer amada, á quien no se olvida, á quien se ama sobre todas las cosas del mundo, á quien todo se sacrifica, y á quien se ha consagrado la vida entera.

¡Pobre enamorada sin esperanza! no le bastaba el tormento del amor no correspondido; todavía tenia que sufrir el horrible martirio de los celos.

Aquella alma pura no tuvo fuerzas para resistir á ese sentimiento, que es fuego devorador que abrasa el corazon y enardece la mente y á veces quita la razon.

Los pobres padres hubieran dado toda su fortuna inmensa, su vida, por salvar á su hija, por hacerla olvidar á aquel hombre, á quien ni siquiera podian

aborrecer, porque no le podían culpar de la desventura de Virginia; ántes bien, tenían que reconocer su hidalguía y su nobleza de sentimientos.

Y él sufría también, porque comprendía aquel amor superior á todo encarecimiento, veía lo que sufría aquella mujer, y sentía un gran peso sobre su conciencia, aunque no podía reconocerse culpable, porque imaginaba que la pobre jóven caminaba ó á la locura ó al sepulcro, y sería en su vida una pena amarguísima haber causado, aunque involuntariamente, la desgracia de una mujer tan digna de ser feliz y de ser amada.

—¡Qué feliz, pensaba, hubiera yo sido con Virginia, si no estuviese ligado ya con un juramento inquebrantable! Pero Dios lo ha dispuesto de otro modo... Aún, si la que allá en España me espera tuviese padres, nombre, fortuna, aún podría hallar yo alguna disculpa; pero olvidarla, engañarla, sería una acción tan infame que Virginia misma no me la podría aconsejar. ¿Qué diría mi madre de mí? Y aunque mi madre me disculpara, ¿qué diría mi conciencia?... Y Virginia es mejor que mi hermana, tiene más amor, no hay duda, tiene un alma más generosa... pero aquella pobre no puede ser tan buena... tiene sus motivos para no ser tan buena... la infeliz ha recibido al nacer el mayor ultraje, ha sido abandonada por sus padres... Esta amargura tiene que agriar su carácter, este ultraje le hace mirar á las gentes con cierta prevención... el amor tiene que ser para ella distinta cosa que para los demás... porque ella no ha

conocido el amor que forma y dispone las almas para el amor, no ha conocido el amor de su madre, de su familia...

Así discurría el pintor, y deseaba y temía al mismo tiempo que llegara la época de su regreso á España: la deseaba porque anhelaba cumplir como hombre honrado su juramento, y la temía porque comprendía que iba á ser el golpe decisivo para Virginia.

Llegó al fin el día de su salida de Italia, tan temido por los padres de Virginia, que ya no podían conservar esperanza alguna respecto del porvenir de su hija.

El artista fué á despedirse de aquella familia, en la que había hallado tan profundo amor, tan desinteresado afecto, y no pudo contener sus lágrimas, al ver llorar á aquellos desventurados padres, y al contemplar el semblante triste y resignado de la enamorada.

—Sea V. feliz, le dijo Virginia con una inefable dulzura.

—Séalo V. también, iba á contestar el artista; pero se contuvo; hubiera sido un sarcasmo horrible.

—Nuestra casa, nuestra fortuna son de V., le dijo el marqués; si no encuentra V. en España la felicidad que espera, si quiere V. volver, aquí tiene V. unos amigos sinceros, una familia que de veras le estima.

—¡Ojalá! dijo el jóven.

Y salió de aquella casa, donde dejaba un alma sin consuelo y sin esperanza.

Con el corazón oprimido, y lleno de amargura,

emprendió aquel viaje el artista; no podía desechar del pensamiento la imágen de Virginia, de aquella pobre mujer á quien dejaba entregada á la desesperacion del amor y de los celos.

XXII

Ella.

Ella tenia mal corazon.

Ella no amaba al artista; apénas marchó á Italia, ella olvidó aquel puro y abnegado amor que le habia consagrado su compañero de la infancia.

La pobre madre, que lo conocia, deseaba que su hijo, en sus viajes, recibiera nuevas impresiones que le distrajeran de aquella idea, deseaba que hallase en su camino una mujer más digna de su amor, que lograrse cautivar su corazon.

Cuando quedó sola con la anciana, aquella mujer quiso cumplir su deseo de conocer la sociedad y de brillar en ella, y teniendo la madre muy buenas relaciones, aunque algo abandonadas desde la muerte de su esposo, la muchacha le hizo reanudar interrumpidas amistades, pretextando querer distraerla; así pudo entrar en esa vida de los salones, que tanto enseña á las personas de buen juicio, y que á tantos